

Este texto está protegido por la ley de derechos de autor. No está permitido ningún tipo de adaptación ni uso sin el permiso correspondiente. El incumplimiento de esta prohibición y el uso del texto sin el permiso correspondiente constituirán una violación de la ley de derechos de autor, o bien de los derechos relacionados con dicha ley, y comportarán responsabilidades civiles y penales. En el caso de estar interesado en utilizar este texto, deberá dirigirse a los representantes legales correspondientes.

TODOS LOS QUE QUEDAN

RAÚL HERNÁNDEZ GARRIDO

Wiegala, wiegala, wille,
wie ist die Welt so stille!
Es stört kein Laut die süsse Ruh,
schlaf, mein Kindchen, schlaf auch du.
Wiegala, wiegala, wille,
wie ist die Welt so stille

Ilse Weber, In memoriam

En recuerdo de todos los que quedan, y de todos los que nos han abandonado.

Para Adolfo, para Ángel y Ángeles. Gracias.

Para mis dos razones para estar aquí, Elena y Alejandro.

1-PRESAGIOS

*(El rostro de la MUJER se
inclina hacia el agua)*

MUJER: *Me asomo y miro en el agua.
Me veo ahí, sobre el agua. Mi
rostro resbala sobre el cristal
de su superficie. Me inclino
hacia mí misma, recuerdo,
pienso. Con cuidado. Podría
hundirme tras este espejo
húmedo.*

Tantas cosas perdidas.

Dispara.

Dispara.

Dispara.

(El VIEJO, en la penumbra, inmóvil.)

VIEJO:

*Estoy cansado, cansado. Mis piernas ya no me
soportan. Han pasado casi cincuenta años.*

Tantas cosas vividas en este tiempo.

Tantas cosas perdidas.

Una cámara y un fusil.

La cámara congela al ojo.

Dispara.

El fusil escupe y las balas
silban alrededor de la cámara.

Dispara.

Dispara.

Dispara.

Dispara.

Dispara.

Dispara.

Dispara.

Dispara.

Dispara.

Dispara.

5 de septiembre de 1936

Cerro Muriano, Córdoba.

Lo que el ojo no ve. Lo que la
cámara capta.

El cielo: Una mancha gris. La
tierra: un mar erizado. Entre el
cielo y la tierra, un hombre

RAÚL HERNÁNDEZ GARRIDO TODOS LOS QUE QUEDAN.

*Pasan los años, la vida. Ya no vive ese joven que
yo era entonces. Lleno de fuerza y energía,
tanta como para sobrevivir a dos guerras. Como
para sobrevivir a algo peor que la guerra.*

*Viví el odio, la crueldad, y también la ternura y
la compasión.*

Viví la traición.

cae. Muriendo.

*Busco a un
hombre, Juan
Cerrada. Imagino
una figura alta y
fuerte. Imagino,
pero no puedo
ver su rostro.
Busco a Juan
Cerrada, al
padre al que
nunca conocí.*

*A través de los recuerdos de
los otros, busco en el pasado a
ese hombre al que nunca
conoceré.*

Dispara.

Dispara.

Dispara.

Dispara.

*Me levanto todos los días sin otra cosa que hacer
que pensar y recordar; me levanto con un
cansancio enorme, me levanto y me duelen los
huesos del cansancio. Cansado del tiempo que*

Dispara.

Dispara.

Dispara.

5 de septiembre de 1936

Cerro Muriano, Córdoba.

Un fusil dispara. Un hombre
muere.

Federico Borrell García.

Una cámara se dispara. La imagen
se congela.

Robert Capa.

Cerro Muriano, Córdoba.

5 de septiembre de 1936

1936-1939

En la noche, el mar se
encrespa contra la tierra.
Su rugido sordo resuena en
la carretera.

España se divide en dos mitades
irreconciliables
carne contra carne

*se fue. Cansado del tiempo que queda. Cansado
de hablar, de pensar. Cansado de mirar al otro
lado de la ventana, frente al mar. Cansado de
ver una carretera vacía.*

sangre contra sangre

*Cuando
era
pequeña,
mirando
mi reflejo,
repetía una
y otra vez
su nombre.
Pensaba
que si una
y otra vez
repetía su
nombre, el
agua me lo
traería.*

Juan Cerrada.

Juan Cerrada.

Juan Cerrada.

Dispara.

Dispara.

Dispara.

*Frente a mí hay una carretera vacía. En ella aún
resuenan los gritos, hace años.*

*En la oscuridad viven los fantasmas de
mi soledad.*

1936-1939

sangre contra sangre

Miles de historias

Miles de agujeros donde buscar
las razones de un dolor casi
olvidado

carne contra carne

sangre contra sangre

Tras tanto tiempo

¿Por qué recordar ahora?

¿Recordar en nombre de quién?

¿Recordárselo a quiénes?

¿Para qué?

*En la oscuridad viven los fantasmas de mi
soledad.*

Vivo yo con mi recuerdo.

*Esperando el día en que pueda olvidar, el día en
que todos se hayan olvidado de mí.*

carne contra carne

sangre contra sangre

Miles de razones para olvidar

Las mismas razones para recordar

1936- La ciudad es una
barricada, una trampa y un
matadero

*este infierno extraño fue
nuestro hogar*

En la ciudad sin alma, un hombre
se deja matar antes de dejar que
descubran a su familia

carne contra carne

sangre contra sangre

1937-Cercados por el mar,

en la carretera

los aviones y los cañones de los
acorazados destrozan a los
refugiados.

Pero, poco a poco, olvido. Se borran fragmentos, detalles.

Si pudiera no olvidar. Si pudiera no recordar.

*Ése es el mayor dolor. La pérdida de un rostro, de la forma de
una mano. O perder una frase dicha o la curva de la escritura
sobre el papel.*

carne contra carne
sangre contra sangre

1939- La tierra se llena de
huidos, de desertores. Pero las
escuadras de la muerte no
descansan.

carne contra carne
sangre contra sangre

No hay nadie.

1941- Mauthausen. El infierno
existe sobre la tierra

Dispara.

Dispara.

Dispara.

*Nunca más volverá a vivir ese rostro, esa mano,
esa voz, esa letra. Cuando yo lo olvide. Vendrán
otros rostros, otras voces, otras manos. Pero mis
ojos ya nos los quieren ver.*

*Me ahogo. No hay nadie a mi lado. Estoy solo.
Solo. ¿Me oyes*

No hay nadie.

Nadie. La oscuridad. Nada más. Nadie más conmigo.

*Nadie y nada excepto la lluvia. La carretera. Y los pasos de los
que huyen, que hace tanto tiempo que se han borrado.*

Dispara.

Dispara.

Dispara.

Me falta el aire. Me ahogo.

No hay nadie a mi lado. Estoy solo.

Solo. ¿Me oyes?

Y tu sombra desaparece y estoy solo.

Llueve. Estoy a oscuras, y al otro lado llueve. El agua emborriona la vista de lo que hay al otro lado. La lluvia desfigura el perfil de la carretera, llena de barro. Y el mar se diluye en la lluvia.

Busco a mi padre, busco a Juan Cerrada.

Ha

pasado

el

tiempo.

Ahora,

de

nuevo

te

busco.

*Con la luz de la luna en los ojos y
mis labios rozando el agua te llamo
ahora como antes te llamaba.*

Susurro por tres veces tu nombre.

Juan Cerrada.

Juan Cerrada.

Juan Cerrada.

1936-1939

Los hombres mueren y nada puede
impedir que la tierra les
abraze.

*En la oscuridad viven los
fantasmas de mi soledad.
Vivo yo y los recuerdos.*

*En la oscuridad viven los
fantasmas de mi soledad.
Vivo yo y los recuerdos.*

2.-UMBRAL

(Un hombre mayor y la MUJER. En el patio de una institución para mayores, Manuel Dueñas emborriona el resto de su vida con jirones de su pasado.)

DUEÑAS: ¿Juan Cerrada? ¿Quién es ése?

MUJER: *Inicio un largo camino para conocer la vida de mi padre. Pregunto a veteranos que debieron conocerlo. En viejas instituciones el olvido se deja morir.*

DUEÑAS: ¿Juan Cerrada?

MUJER: Me han dicho que sin duda usted le conocería. Juan Cerrada era alguien muy cercano a mí. Necesito saber algo de Juan Cerrada.

DUEÑAS: ¿Me ha traído tabaco?

MUJER: No, no sabía que usted fumara, pero puedo traerle la próxima vez que venga...

DUEÑAS: ¿Quién es usted?

MUJER: Me llamo Ana Lebrón... Busco a Juan Cerrada.

DUEÑAS: Juan Cerrada. He conocido a tanta gente. Cuantos años. Tanta gente que entra y sale de mi vida... ¿Quién es usted?

MUJER: Ya se lo he dicho.

DUEÑAS: ¿Me lo ha dicho? ¿A mí? ¿Qué es lo que quiere?

MUJER: Me llamo Ana Lebrón y busco a un hombre llamado Juan Cerrada. Él luchó por la República, como usted.

DUEÑAS: No levante la voz. Nunca se sabe quién está escuchando.

MUJER: No estoy hablando en voz alta. Y no debe tener miedo. Éste es un lugar seguro.

DUEÑAS: ¿Viene a traerme la medicina? No pienso tomármela.

MUJER: Juan Cerrada. Recuerde, por favor.

DUEÑAS: Juan Cerrada. Se equivoca. Yo no soy Juan Cerrada.

MUJER: Usted le conoció.

DUEÑAS: ¿Cuándo?

MUJER: Después de la guerra, en Mauthausen.

DUEÑAS: Mauthausen.

MUJER: Sí. Juan Cerrada estuvo con usted, en Mauthausen.

DUEÑAS: En Mauthausen éramos como 8.000 españoles. Pero 5.000 se quedaron allí, para siempre.

MUJER: Sé que fue duro sobrevivir allí...

DUEÑAS: ¿Tiene caldo de gallina?

MUJER: ¿Cómo dice?

DUEÑAS: Tabaco.

MUJER: No.

DUEÑAS: ¿Y grifa?

MUJER: Escúcheme.

DUEÑAS: ¿Por qué no me deja en paz ya? Estoy muy cansado. Déme esa mierda de medicina ya, y váyase.

MUJER: No tengo ninguna medicina. No soy una enfermera. Escúcheme con atención. Lo que busco es muy importante para mí... Y sé que usted me podrá ayudar. ¿Me entiende? Me llamo Ana Lebrón y busco a un hombre llamado Juan Cerrada. Usted le conoció en Mauthausen.

Mauthausen. Quiero saber si ese hombre, si Juan Cerrada, que estuvo con usted en Mauthausen...

DUEÑAS: Mauthausen. En Mauthausen... había kapos, y chivatos. ¿Me entiende? Gente que colaboraba. Eran peor que los nazis.

MUJER: ¿Juan Cerrada fue uno de ellos?

DUEÑAS: ¿Cerrada? ¿Juan? Buen chico.

MUJER: Entonces le conoce.

DUEÑAS: ¿A quién?

MUJER: A este hombre, a Juan Cerrada.

(Le da una foto.)

DUEÑAS: Usted es la enfermera que viene con las fotos. ¿Jugamos hoy también? ¿Qué tengo que hacer con ésta? Dígamelo. ¿Qué es lo que está haciendo usted aquí?

MUJER: Mire bien esta foto. A este hombre joven. Yo soy su hija, la hija de Cerrada. Mírele. Juan Cerrada.

DUEÑAS: No sabía que Juan tuviera hijos.

3.-PASOS EN LA LLUVIA

MUJER: *Cuando era pequeña, mi madre me ocultó la identidad de mi padre. Sólo sabía de él su nombre, nada más. Mis preguntas chocaban contra su silencio. A veces, con su enfado. Sólo tenía un nombre y una foto borrosa de su boda que descubrí escondida en un armario.*

Cuando crecí me atreví a enseñarle la foto. Ella me la intentó quitar, y al no conseguirlo no quiso darle importancia. No me dejé engañar y me quedé de pie, mirándola en silencio. Entonces ella me contó un relato fantasmagórico de cómo había sido su boda en 1938, en mitad de la guerra y de la nada, y de cómo a la mañana siguiente una escuadra falangista vino a por mi padre, a darle el paseo. Nunca se encontró su cadáver. Eso es todo lo que ella me contó. Creo que realmente no sabía nada más.

Al poco de morir ella recibí una carta del Ministerio de Asuntos Exteriores. Era un comunicado del Gobierno alemán, dirigido a la familia de Juan Cerrada. Fue algo totalmente inesperado. Me hacían saber acerca del internamiento de mi padre en un campo de la muerte, en Mauthausen. Así como de su posterior liberación por los norteamericanos. Mauthausen. Un nombre inscrito con horror en la historia y en la memoria de todos. Así supe que Juan Cerrada no había muerto en 1938, que mi padre podía estar vivo hoy en día. Podía. Sólo era una posibilidad, y escasa. Pero yo me agarré a ella.

* * *

(Ana y su pareja. Una relación que se rompe. El comienzo de la búsqueda.)

ALBERTO: ¿Has hecho ya las maletas? ¿El billete, lo tienes? Tendrás que comprobar que lo llevas todo. No sea que te dejes algo y tengas que volver.

MUJER: Por favor, no me montes escenas. No me vas a dar ningún tipo de pena.

ALBERTO: Quieres decir que esto se ha acabado.

MUJER: No sé lo que voy a encontrar, y no sé cómo voy a reaccionar ante lo que encuentre. Es mejor darnos libertad.

ALBERTO: Ana, estás buscando fantasmas, sólo fantasmas.

MUJER: No busco ningún fantasma. Busco a mi padre.

ALBERTO: No te engañes. Las cosas han seguido su curso. El tiempo es implacable. ¿Lo vas a tirar todo por nada?

MUJER: Alberto...

ALBERTO: Quieres irte y dejarme. Y todos estos años en común, y el niño que esperabas que tuviéramos, ¿qué? Creí que era lo que más deseabas en este mundo...

Intento ver las cosas fríamente, pero... Desde hace un año no eres la misma.

MUJER: Alberto, hace un año murió mi madre.

ALBERTO: Acuérdate de quien fue el que estuvo a tu lado. Entonces y siempre. Ana. Hacíamos planes tú y yo. Para un futuro. Pero hace tiempo que dejaste de hablar conmigo de muchas cosas. Hace tiempo que no hablamos de verdad. Y ahora, sinceramente, no sé qué es lo que puedes buscar con esto.

MUJER: Si no me crees, entonces esta relación nunca ha tenido sentido, y no merece la pena seguir.

ALBERTO: Sólo dime una cosa, ¿estás segura de lo que vas a hacer?

MUJER: Sí.

Empecé así un largo camino para reconstruir la vida de mi padre, más allá de lo poco que sabía de mi madre. Más allá de lo que ella nunca supo. Empecé a seguir su rastro, paso a paso, con cuarenta años de distancia. Archivos, documentos, papeles. Fui recopilando el testimonio de aquéllos que aún quedan. Fui recopilando el testimonio de aquéllos que aún quedaban vivos y que podían haber visto a mi padre. No fue fácil, y a veces lo daba todo por perdido. Nadie conocía a Juan Cerrada.

* * *

(El periplo de la MUJER. Sus investigaciones. Encargados de registro, funcionarios, un cura...)

ENCARGADO 1: Ya he mirado tres veces y no se localiza en ningún registro a nadie que se llame así.

MUJER: En alguna parte debe figurar su nacimiento, lo que sea.

ENCARGADO 1: En aquella época los registros más fiables que existían eran los de las parroquias. Tendrá que preguntar en el arzobispado. Ojalá tenga suerte. Por regla general, los curas tenían mucho cuidado con ese tema. Por regla general. Pero a veces no era así. Además, tras todo lo que ha pasado en este país, muchos archivos han sufrido accidentes de todo tipo.

MUJER: ¿Y no hay otra más fiable de encontrar esa información?

ENCARGADO 1: Puede que sí, pero aquí no la va a encontrar. He hecho todo lo posible por usted. Por favor, ¿el siguiente?

* * *

MUJER: Mire usted bien.

ENCARGADO 2: Nunca hubo alguien llamado Juan Cerrada en el ejército.

MUJER: Me estoy refiriendo al ejército republicano.

ENCARGADO 2: Llevo una hora rebuscando en los archivos históricos, porque en los ya digitalizados tampoco existe mención. Ni en el bando nacional ni en el republicano. No hubo oficial o soldado llamado Juan Cerrada.

MUJER: Pero me consta que estuvo en el ejército republicano.

ENCARGADO 2: Pero en esa época, cualquiera se alistaba a la facción de la UGT, o del Partido Comunista, o de la CNT. Igual que en el otro bando, muchos optaban por alistarse con los requetés o los falangistas, y no se alistaban en el sentido estricto de la palabra. Simplemente, cogían el fusil y se tiraban al frente.

MUJER: ¿Hay registros de algo de eso?

ENCARGADO 2: Supongo que me habla de la parte roja, ¿es así? La información no estaba del todo centralizada. Los comunistas lo llevaban a rajatabla. Pero los otros, nada. De todas maneras, con lo que cayó después, mucho se perdió o se quemó. De un bando y del otro. Y después, el exilio, las purgas y las persecuciones arrasaron con mucho de lo poco que quedaba.

* * *

MUJER: Pero debe existir una partida de boda.

ENCARGADO 3: Los registros civiles de esa época fueron destruidos.

MUJER: Debe haber algo. Una nota, algo. A la mañana siguiente a la boda, le fueron a detener. Debe haber una inscripción de esa orden.

ENCARGADO 3: ¿Para qué quiere encontrar a ese hombre? Lo más seguro es que esté enterrado en alguna fosa común.

MUJER: Si es así, quisiera ver su partida de defunción, y saber dónde está la fosa en la que fue enterrado. Necesito algo concreto. ¿Está enterrado en Alemania? ¿En España?

ENCARGADO 3: ¿Qué más da dónde? Qué sentido tiene buscarle nacionalidad a una fosa común.

MUJER: Las fosas comunes no tienen nacionalidad. ¿Y los verdugos? Las víctimas, está claro, no tienen nacionalidad. No tienen ni ése ni ningún otro derecho.

ENCARGADO 3: Olvídense, no busque a un muerto. A él, no le va a servir de nada.

MUJER: Ni siquiera tengo constancia de que esté muerto. Por eso necesito encontrar alguna respuesta.

ENCARGADO 3: Señorita, ha acabado usted con mi paciencia. Por favor, le ruego que se vaya y me deje trabajar.

* * *

ENCARGADO 4: Hágame caso. Vaya a Capitanía. Quizá haya algo allí. Aquí no va a encontrar mucho.

MUJER: Allí me han dicho que no tiene nada. En ninguna parte.

ENCARGADO 4: Pues entonces...

MUJER: Misteriosamente, en España no queda nada. Pero acabo de venir de Alemania y allí me han dado más soluciones que aquí. Un registro de entrada en el campo de Mauthausen.

ENCARGADO 4: ¿Dice que ése hombre murió en Mauthausen?

MUJER: No murió ahí. Sino que entró prisionero. Existe una referencia a su puesta en libertad por los americanos.

ENCARGADO 4: Entonces, si tiene todos esos datos, ¿qué busca aquí?

MUJER: Quiero localizarlo, si es que sigue vivo.

ENCARGADO 4: Le repito que aquí no va a poder encontrar nada. ¿Para qué busca información de ese hombre?

MUJER: Era mi padre.

ENCARGADO 4: ¿Quiere mi consejo? No se preocupe tanto por los papeles. Busque entre grupos de veteranos. Puede haber ocurrido de todo. Tal vez, incluso, que su padre haya cambiado de identidad en cierto momento.

MUJER: Pero, ¿eso era posible? ¿Podía cambiar de nombre? ¿Y los documentos? ¿Y su vida?

(Un ruido enorme sobre ellos.)

¿Qué es ese ruido? ¿Pasa algo?

ENCARGADO 4: Llueve. Siempre suena así Cuando llueve.

* * *

(Llueve.

Lo mismo que llovía en ese otoño de 1936. Una lluvia inclemente, que no respeta ni el día ni la noche. Ni la vida ni la muerte.

Un tiempo cruel para que los hombres se maten entre ellos.

Las voces bajo la lluvia se entremezclan.)

- Ⓜ La lluvia
- Ⓜ Caía una fina cortina de lluvia, una lluvia cálida de primavera
- Ⓜ La lluvia se mezclaba con la tierra. Formaba balsas de barro. Era difícil avanzar con tanto barro.
- Ⓜ Caía en mi cara. Y me acordaba...

- Ⓢ La lluvia era inhumana. Caía como si quisiera acabar con todos nosotros. De la fuerza con la que caía, nos tiraba al suelo.
- Ⓢ Levantábamos la cara al cielo, y nos decíamos, si cayera la lluvia. Si empezara a llover. Entonces, no podrían volar los aviones. Suspirábamos, mirando al cielo. Y a lo lejos, retumbaba el sonido de los motores. Corríamos a refugiarnos, porque lo que iba a caer ahora era una lluvia de bombas.
- Ⓢ No teníamos nada que fumar. Aplastábamos los cordones y los encendíamos. Pero la lluvia mojaba la yesca y era imposible hacer lumbre.
- Ⓢ La lluvia lo complicaba todo. Convertía un posible escondrijo en algo imposible. La lluvia convertía la ciudad en más inhabitable. La ciudad que se había convertido en un lugar extraño. Cualquiera aprovecharía el más pequeño descuido para denunciarme.
- Ⓢ ¿Ha visto a este hombre? Seguro que le conoce. ¿Alguna vez le ha visto por aquí?
- Ⓢ Será mejor que te vayas a cambiar de ropa. Y ponte unas botas. Si no, no podrás marchar más de unos pocos pasos.
- Ⓢ Caía la lluvia sobre mi cara. Recordaba.
- Ⓢ Antes que todo era el trabajo, el campo necesitaba de nuestra atención. Pasaban las estaciones. Y sobre nuestros cuerpos, pasaban los años. La guerra creó un nuevo tiempo.
- Ⓢ No puedo recordar. No sé qué hubo antes. No hubo nada. Cuando acabe esta guerra, si vuelvo a casa, no sé quién me estará esperando. Si es que hay alguien que me espere.
- Ⓢ La lluvia no nos dejaba dormir. Calaba, hasta dentro. Los huesos pesaban con el frío húmedo de la lluvia. Y el agua desgastaba el rostro de los cadáveres, hasta convertirlo en barro.
- Ⓢ Llueve. Lo mismo que llovía en España en ese otoño de 1936. Una lluvia inclemente para una guerra cruel.
- Ⓢ Llueve y lágrimas de lluvia borran mi rostro. Llueve: atronando sin piedad sobre el techo del barracón.
- Ⓢ ¿Cuándo dejará de llover?
- Ⓢ Ven, refúgiate aquí. Te vas a enfriar.
- Ⓢ ¿Quién eres?
- Ⓢ ¿No te fías de mí? Yo te conozco.

© Nunca te había visto antes.

* * *

(Llueve.

La MUJER corre bajo la lluvia.

Golpea el cristal, pero no le abren.)

MUJER: Busco a un hombre y me han dicho que ustedes pueden saber dónde está. Se llama Juan Cerrada. Aunque quizá le conozcan bajo otro nombre. Tendrá cerca de 70 años. No sé nada más de él.

ENCARGADO 5: Ha venido muy tarde. Ya no queda nadie.

MUJER: ¿Dónde han ido todos?

ENCARGADO 5: Los viejos se recogen pronto. Tendrá que venir el lunes. Es mejor que hable con ellos. Porque con lo que me ha dicho de él, podía ser cualquiera. Si tiene algo más concreto...

MUJER: ¿Más concreto?

ENCARGADO 5: Una foto, un carné. Algo

MUJER: Mire esta foto. Quizá usted le conozca. Es una persona mayor. Puede que se oculte, que viva apartado. Puede que les haya dicho que participó en la guerra Civil. Puede que no les haya dicho nada.

ENCARGADO 5: Perdone, pero no tengo gafas. Es mejor que vuelva el lunes y hable con los mayores. Yo, en poco le puedo ayudar. ¿Quiere un café? Tómesele y vuelva el lunes. Tengo que cerrar ya.

MUJER: *He buscado en archivos, en instituciones, en ciudades y pueblos. Fui a Alemania a preguntar por un hombre que debió llegar desde España a través de Francia. En España busco bajo la lluvia una pista más, algo que me acerque al enigma de un padre que aparece y desaparece.*

ENCARGADO 6: Pero mujer, se va a empapar. ¿No tiene donde alojarse? Coja un hotel, ya casi es de noche. Y siga mañana con sus preguntas, si quiere. Pero ahora puede pillar una pulmonía.

MUJER: ¿Me quieren abrir, o no?

ENCARGADO 6: Le he dicho que ya hemos cerrado. Es imposible atenderla ya.

MUJER: No pueden hacerme eso.

ENCARGADO 6: Si no tiene sitio donde dormir, la puedo llevar al bar del pueblo. Allí alquilan habitaciones.

MUJER: No quiero habitación ni hoteles ni café. Necesito que me abra. Necesito hablar. Buscar. Necesito encontrar. No quiero dormir. Aún no. Ya dormiré después. Ábrame. Por favor.

ENCARGADO 6: Pero, ¿qué quiere usted?

MUJER: Busco a un hombre. Su nombre es Juan Cerrada.

4.- DUDA

MUJER: *Recorro un largo camino para conocer la vida de mi padre, para poder saber más allá de lo poco que me contó mi madre. Más allá de lo que ella nunca supo. Empecé a seguir su rastro, paso a paso, con cincuenta años de distancia. El testimonio de aquéllos que aún quedan. No fue fácil, y ya lo daba todo por perdido. Nadie conocía a Juan Cerrada.*

Fíjese bien. Juan Cerrada.

DUEÑAS: Yo conocía a muchos. A casi todos. Primero por la guerra. Luego, por el exilio y el campo de concentración. Y más tarde, por la resistencia y la cárcel. Muchos. Cuántos muertos. Muchos. Cuánto dolor. Mucho. A casi todos. Y ahora sí que conozco a todos los que quedan. El tiempo. Nos morimos. Ya no somos tantos. A algunos de ellos les puede ver aquí mismo. ¿Los ve, bajo ese árbol? ¿O en el comedor?

MUJER: ¿Realmente, conoce a todos?

DUEÑAS: El tiempo hace más estragos que la guerra. Cada vez, somos menos. La edad, la enfermedad, la muerte. Todos los que quedamos, cada vez somos menos. Conozco cada vez a más, cada vez somos menos.

MUJER: Por favor, fíjese en el hombre de la foto. Juan Cerrada. Ése era su nombre.

DUEÑAS: ¿Cómo dice?

MUJER: Juan. Juan Cerrada.

DUEÑAS: Había muchos Juanes en esa época. Juan es un nombre demasiado común.

MUJER: Pero tiene que conocerle. Usted me dijo el otro día...

DUEÑAS: ¿El otro día?

MUJER: Hablamos el otro día. Tiene que acordarse de mí. Mire la foto con cuidado. ¿Quiere que le repita el nombre? Juan Cerrada.

DUEÑAS: No hace falta que me lo repita. Me lo acaba de decir. ¿Se cree que no rijo? Déme esa foto. El otro día. Si es la primera vez que la veo. Está confundida. Las piernas ya no

las siento, pero lo que es la memoria... Yo lo guardo todo aquí. Me acuerdo de todo. Me acordaría de usted y de esta foto.

MUJER: *Dueñas conocía a muchos de los veteranos que debían haber compartido el exilio con mi padre. Pero el tiempo pasa y la edad es un compañero traicionero. Tuve que tener paciencia. Sentarme al lado del hombre, mientras éste liaba sus cigarrillos y luego los aplastaba contra el suelo sin haberlos fumado. Sentarme a su lado mientras él iba desgranando nombres y fragmentos de vidas que ya han desaparecido. Y esperar, esperar a que de esa maraña de su memoria apareciera lo que yo necesitaba escuchar. Muchas veces, los recuerdos no eran nada agradables. El camino hacia Juan Cerrada fue tortuoso, y siguiéndolo atravesé el infierno.*

DUEÑAS: Claro, le recuerdo. Cerrada, sí. Se exilió, como otros tantos. En Francia, al atravesar la frontera, fue internado en Argelès-sur-mer. Pero no lo conocí hasta que nos vimos en Mauthausen.

MUJER: *Juan Cerrada reaparece en las palabras de Manuel Dueñas, que confirman los escuetos informes de los archivos alemanes. Mi padre llegó a Mauthausen. Según los archivos de la liberación del campo, sobrevivió*
Eso me dio una esperanza. Si mi padre estuviera vivo. Me gustaría pensar que pudo haber sido así. Que Juan Cerrada salió del campo, vivo. Pero según Dueñas, y todos a los que luego pude entrevistar, no fue así.

MUJER: ¿Muerto?

DUEÑAS: Gusen.

MUJER: Gusen. Eso era parte de Mauthausen.

DUEÑAS: Estaba a sólo cuatro kilómetros de ahí. Era uno de los cincuenta campos auxiliares de Mauthausen. El peor de todos.

MUJER: Lo he leído. Un campo exclusivamente destinado a la muerte de todos los que llegaban a él. ¿Está usted seguro de que Juan Cerrada murió en Gusen?

DUEÑAS: Yo vi cómo entraba en el furgón con destino hacia ese lugar. Los que entraban en Gusen, no salían de allí. Si hubiera logrado escapar, si ese furgón no hubiera llegado allá, lo hubiéramos sabido y celebrado todos.

MUJER: Entonces, mi padre está muerto.

* * *

MUJER: *Por eso, cuando indagué más en Alemania, donde me confirmaron el internamiento de mi padre, y en donde me certificaron que él sobrevivió, que tenía que estar vivo, mi mundo se acabó de derrumbar. Peor que todo es la duda, y vivir sin saber, realmente, qué pasó. Volví a retomar las entrevistas. Muchas veces, volví a entrevistar a los mismos testigos, por si hubiera algo de esperanza. Todos me volvieron a confirmar que mi padre no pudo sobrevivir, bajo ninguna circunstancia.*

DUEÑAS: ¿Juan Cerrada? No lo conozco. ¿Debería conocerlo de algo? ¿Por qué no me pasa la medicación, señorita? Y déjeme fumar un liado, no sea aguafiestas. Por uno no va a pasar nada. Enfermera. ¿Quiere hacerme el favor?

* * *

MUJER: *Pero los archivos eran claros. El nombre de mi padre aparecía entre los supervivientes. Si él no pudo sobrevivir, alguien usurpó su nombre. Sabía que ese Juan Cerrada no podía ser mi padre. Pero incluso ahora, me gustaría engañarme de nuevo, y pensar que podría haber un resquicio de esperanza.*

* * *

CAMARERO: Cerrada. Juan Cerrada.

MUJER: ¿Le conoce?

CAMARERO: ¿No va a tomar nada?

MUJER: Si se pone así, una copa de vino.

CAMARERO: Claro que conozco a Cerrada. ¿Por qué lo busca?

MUJER: Estoy haciendo un reportaje sobre excombatientes de la Guerra Civil.

CAMARERO: No sabía que Juan fuera tan importante como para que alguien viniera a hacerle una entrevista. Es un buen hombre. Pero no le veo saliendo por la tele ni hablando para los periódicos.

MUJER: ¿Le ha hablado a usted de lo que hizo él en la guerra?

CAMARERO: Nunca le oí hablar de la guerra.

MUJER: ¿Lleva mucho viviendo aquí?

CAMARERO: Unos diez años, más o menos. ¿No sería mejor que se lo preguntara usted?

MUJER: Eso es lo que quiero. ¿Dónde vive?

CAMARERO: Vive aquí. En las afueras. En la carretera de Málaga a Motril. Un tanto lejos de todo. Como es él.

MUJER: ¿Es fácil llegar ahí?

CAMARERO: ¿Tiene coche?

MUJER: No. ¿Usted me puede llevar?

CAMARERO: Incluso con coche le recomendaría que no fuera ahora. Si quiere, mañana la acerco. Tengo que ir a resolver algo por esa zona. Pero ahora es mejor que no, es demasiado tarde para hacer nada.

* * *

MUJER: *He reconstruido los pasos de Juan Cerrada desde el momento en que una escuadra falangista irrumpió en su casa y le arrebató de los brazos de su mujer, de mi madre. Le he seguido en el exilio en Francia. Le seguí en su viaje a Mauthausen. Y de ahí, finalmente, a Gusen. De Gusen, no salía nadie.*

Hasta aquí han llegado los pasos de mi búsqueda, hasta ese hombre que dice llamarse Juan Cerrada. Si mi padre está muerto, ¿quién es éste que lo suplanta, que lleva su nombre y lo utiliza quién sabe por qué y para qué?

5.- OSCURIDAD

VIEJO: Sobreviví a Mauthausen. Allí estuve recluido, con judíos, polacos, con alemanes. Todos estábamos bajo el cuchillo implacable de los nazis. Y los españoles también.

JOVEN: ¿Estoy vivo? ¿Por qué esta oscuridad? ¿Sigues vivo? Escucho tu respiración. Estás ahí. Háblame. Dime si yo también sigo vivo.

VIEJO: No hay nadie. Sigo aquí, solo. ¡Solo!

JOVEN: Vas a despertar a todos con tus gritos. Calla o vendrán a por nosotros.

VIEJO: Sigo gritando en mis pesadillas, todas las noches como si siguiera ahí, en Mauthausen. Sigo oyendo las voces de los otros. Aunque esto sea España y hayan pasado cuarenta años desde entonces.

JOVEN: Hay un largo camino que acaba frente a esta ventana. Pero yo sigo encerrado en un barracón en Mauthausen.

VIEJO: Hay un largo camino que acaba aquí. Frente a esta ventana grande inmensa, abierta al mar, cerrada por la carretera.

JOVEN: Por esa ventana sólo entra oscuridad. Necesito luz. Luz. Comienza a llover. Hay una carta en el buzón.

VIEJO: *“Soy investigadora en historia contemporánea y mi campo de estudio son las consecuencias de la Guerra Civil en los que sufrieron la derrota. Actualmente estoy elaborando un trabajo de documentación acerca de lo que ocurrió con aquellos que como usted vivieron todo desde el lado de los vencidos. Estoy muy interesada en solicitarle una entrevista, y conocer así de sus experiencias en la guerra, así de cómo vivieron los españoles y vivió usted la reclusión en un campo de concentración nazi.”*

... las consecuencias de la Guerra Civil en los que sufrieron la derrota...

Menuda estupidez. ...los que sufrieron la derrota...

¿Cómo me ha encontrado? Ha pasado demasiado tiempo. Pensé que ya nunca más... Esta carta... Me da miedo. Después de tantos años... No sé quién es esa mujer. ¿Qué pretende?

Debería romper estos papeles, olvidarlo todo. Para lo que me queda, no tiene sentido complicarme más. Ya es hora de descansar. Olvidar.

No puede sospechar nada. Realmente, ¿qué pasó? Nada. ¿Qué mal hice? Ninguno. Que ella venga. Yo la recibiré abiertamente. Que ella venga, que mire, que vea y pregunte, que rebusque si quiere. Que compruebe que lo único que hay aquí es un viejo al que le queda ya poco de vida.

*...muy interesada en solicitarle una entrevista... ...sus experiencias en la guerra...
... un campo de concentración nazi...*

JOVEN: En el fondo de un pozo. Un pozo negro y profundo. Es extraño poder seguir respirando, de tan profundo, de tan oscuro. Es extraño que dos personas tan diferentes puedan compartir tanto. Si yo respiro, tú respiras. Si yo muevo mi mano, tú mueves la tuya. Abre la puerta. Si tú la abrieras, yo la abriría. Si tú salieras, yo saldría. A la luz del sol. A la lluvia. Estoy encerrado en tu encierro. Quiero salir, quiero vivir.

VIEJO: Un viejo frente a esta carretera.

JOVEN: Voy a abrir la puerta de la calle. Abre la puerta.

VIEJO: Me he escondido del mundo. Y ahora, de nuevo, el mundo llama a mi puerta. Alguien amenaza con abrir esa puerta y el mundo entero entrará detrás.

JOVEN: Ábrela, bien abierta. ¿Me oyes? Habría que dejar bien abiertas las ventanas, que el aire entrara y la luz lo quemara todo. Sí. Me oyes.

VIEJO: Nadie habla. No oigo nada.

JOVEN: Estoy aquí, contigo.

VIEJO: No hay nadie. Nadie. Nadie ha entrado. Las puertas están cerradas. Las ventanas están cerradas, y nadie las va a abrir.

JOVEN: Y en la carretera verás hombres y mujeres, niños y ancianos, cayendo bajo el peso de la metralla. Eso es lo que siempre dices.

VIEJO: No puede entrar nadie en esta casa. No quiero que entre nadie.

JOVEN: Son simples fantasmas. Ni siquiera son tus propios fantasmas.

Yo sí estoy aquí. Aunque me ignores, siempre estoy aquí.

VIEJO: No puedo respirar. Me ahogo. Siento un fuego por dentro.

JOVEN: Fuego. Esta habitación, la silla de la que no te puedes levantar, la casa entera, tú y yo. Un fuego por dentro.

No, nada se quema.

Deberías dormir más por las noches. A tu edad, debes de cuidarte más, o dejar que alguien te cuide. Los años pasan para todos. Deja que te arrope, como a un niño. ¿Así estás mejor? No es bueno que alguien de tu edad viva solo.

VIEJO: Déjame morir en paz.

JOVEN: Te agarras a la vida como una maldición. Siempre has sobrevivido. Has salido por tu propio pie no de uno, sino de varios infiernos, así que ahora no vas a morir tan fácilmente.

VIEJO: Hace mucho que no hablábamos.

JOVEN: Hace mucho que no pensabas en mí.

VIEJO: No me martirices.

JOVEN: Los recuerdos duelen. ¿Escuchas el viento?

VIEJO: No escucho nada.

JOVEN: El viento. Aúlla. ¿Te recuerda algo? Lluve.

VIEJO: La lluvia tiene más piedad que tú.

Lucha.

Una lucha a muerte entre dos personas que parece imposible que sean amantes.

Que parece imposible que aún se quieran. Los cuerpos se enlazan en la lucha, y el sexo les une al tiempo que sus palabras les separan.

ALBERTO: No vas a irte de aquí.

MUJER: ¿Cómo me lo vas a impedir?

ALBERTO: Cerraré todas las puertas. Te ataré las manos. Te vendaré los ojos.

MUJER: Déjame.

ALBERTO: Eres tú la que no te separas de mí.

MUJER: Dentro de poco ya no... Déjame. Te necesito. No. Déjame.

ALBERTO: Pídemelo otra vez.

MUJER: Déjame ya. Déjame de una vez.

ALBERTO: Repítelo de nuevo.

MUJER: Calla. Sigue así.

(La MUJER se separa de él, con violencia.)

Debo irme ya.

ALBERTO: Creí que no llegaría este momento. Cuando pensaba en él, no podía imaginarme que sería lo que te diría. Ahora. Lo que te diría ahora: no vas a salir de aquí.

MUJER: ¿Me amenazas?

ALBERTO: No te acerques a mí. No lo hagas, si me vas a abandonar.

MUJER: Algún día volveré.

ALBERTO: Entonces, si ahora me dejas, no sé si querré que vuelvas a mi lado. No te vayas.

MUJER: Tengo que hacerlo.

ALBERTO: Allá a donde vayas, ¿te pondrás en contacto conmigo?

MUJER: No lo sé.

ALBERTO: ¿Realmente, volverás?

MUJER: No lo sé.

ALBERTO: ¿Te puedo preguntar algo?

MUJER: Sí.

ALBERTO: ¿Qué harás cuando encuentres a tu fantasma?

MUJER: No es ningún fantasma.

ALBERTO: ¿Qué harás?

MUJER: No lo sé.

ALBERTO: Llueve. ¿No sería mejor que por esta noche te quedaras aquí?

MUJER: Tarde o temprano tiene que dejar de llover.

ALBERTO: Llueve. Llévate algo con que protegerte.

MUJER: Creo que un paraguas no serviría para nada contra este diluvio.

ALBERTO: Llueve. ¿No te das cuenta? Llueve.

(La MUJER entra en la habitación, con cuidado, con mucha prevención, midiendo cada uno de sus pasos. La casa está casi a oscuras. Limpia de muebles y objetos. No parece habitada, pero el vacío vibra perturbado por una presencia indefinida.)

MUJER: ¿Juan Cerrada?

Soy Ana Lebrón.

Habíamos quedado hoy.

Creía que sabía que yo llegaría ahora. Creía que usted estaría aquí para recibirme.

(La MUJER comienza a ponerse nerviosa, y a dudar a cada paso que da.)

Pero no veo a nadie.

(Silencio.)

¿Juan Cerrada?

Espero haber llegado en buen momento. No quisiera molestar.

(Indecisión. Pausa.)

¿Señor Cerrada?

¿Juan Cerrada?

¿Puede salir, por favor?

(La MUJER saca una pequeña agenda de su bolso y la consulta. En voz baja.)

Ésta es la dirección. Carretera de Motril. No puede ser otra casa.

(Silencio. La mujer duda en marcharse. Pero se queda esperando.)

¿Me escucha?

(La MUJER espera. No hay respuesta.)

¿Juan Cerrada?

(La MUJER espera un momento, y luego emprende la salida, dirigiéndose a la puerta.

Un carraspeo. La MUJER se sobresalta.)

¿Está ahí?

¿Es usted?

¿Está jugando conmigo?

(Silencio.

Y alza la voz.)

¿Quién está ahí?

(De un rincón de la casa, de detrás de un sillón amplio, que oculta la visión de su ocupante, sale la voz del VIEJO. Y su mano, que se extiende, en un seco gesto de confianza.)

VIEJO: No se asuste.

(La MUJER da un respingo. Mira hacia donde está el VIEJO. Pero entre la penumbra y la situación del hombre, no ve nada.)

MUJER: Es usted. Juan Cerrada. Finalmente, ante mí. Me alegro de encontrarme con usted.

6.- CIUDAD

(El viento y la lluvia nos devuelven el pasado. 1936. Un hombre esconde su mirada.)

COMISARIO: *1936. No fue un buen año para nada. El invierno fue de un frío extremo. El calor en verano, agobiante. La lluvia, cuando había lluvia, caía de forma torrencial. Y aparte, eso. La Rebelión, o como otros lo llamaban, el Alzamiento. El fin del todo, o tal vez, la oportunidad para el comienzo de demasiadas cosas. Eso trajo no sólo la guerra, sino guerras dentro de la guerra. No era solamente una lucha contra el fascismo, sino una carrera hacia el futuro donde nos enfrentábamos con demasiadas contrarrevoluciones. 1936 fue el año en que Madrid comienza un cerco que iba a durar toda la guerra. En 1936 me hicieron comisario del pueblo. Tuve que hacer cosas que en otra ocasión me hubieran resultado repulsivas. Pero entonces yo pensaba que lo que hacía era lo justo. O por lo menos, lo que debería hacer en ese momento. Aún sigo pensando lo mismo.*

(El COMISARIO intimida al JOVEN, mientras que su mano sostiene un fusil, a su espalda.)

Documentación.

JOVEN: No he hecho nada.

COMISARIO: Eso ya lo verá el tribunal popular. Documentación.

JOVEN: Si me deja en paz, se lo puedo agradecer.

COMISARIO: Ya se lo he dicho. Documentación.

JOVEN: Por favor.

(El COMISARIO se ríe.)

COMISARIO: Yo te conozco. ¿No sabes quién soy? No me recuerdas. Mírame bien. Que no te voy a comer. Vamos, hombre, un poco más de ánimo.

JOVEN: Debe equivocarse.

COMISARIO: Claro que no me equivoco. Claro que nos conocemos. Desde hace años. Éramos vecinos... De niños jugábamos juntos.

JOVEN: Espere, déjame verte bien...

COMISARIO: No puedes recordar nada, lo sé. Nos hicimos mayores. Dejamos de jugar, luego dejamos de hablarnos, y finalmente dejaste hasta de saludarme cuando nos cruzábamos por la calle. Cosas que ocurren.

JOVEN: Ya sé quién eres.

COMISARIO: Dame un abrazo.

(El JOVEN se adelanta tímidamente a abrazarle, pero el COMISARIO no se mueve de su sitio. Se ríe. El JOVEN, cohibido, vuelve a su sitio.)

JOVEN: Vivíais dos pisos más arriba. Me acuerdo bien. Y me acuerdo de que yo sí que te devolvía el saludo. No puedes haberlo olvidado. Es verdad que no nos tratábamos tanto como cuando éramos niños. Pero seguíamos hablando cuando nos cruzábamos.

COMISARIO: No te tienes que justificar. Son cosas que pasan. Así es la vida. Y la política. Así somos las personas. ¿Es así, o no?

JOVEN: Siempre estuve a favor tuyo y cuando todos hablaban de ti yo te defendía.

COMISARIO: Claro que sí. Me alegra encontrarte aquí. Te estaba buscando. Ya sabes.

JOVEN: Dime qué es lo que tengo que saber.

COMISARIO: Mira, esto se puede hacer de una forma o de otra. Pero lo mejor es que no te resistas. No luches. Será más rápido, y te dolerá menos.

JOVEN: Por favor, no me delates. No le digas a nadie que me has visto.

COMISARIO: No me entiendes. No hace falta que le diga nada a nadie. Yo te he encontrado. Si quieres, cumplimos las formalidades. Documentación.

JOVEN: No puedes hacerme esto.

COMISARIO: Hemos vuelto a caer en lados diferentes de la línea. Pero esta vez, a ti te toca la peor parte.

JOVEN: ¿Es una venganza?

COMISARIO: No. Es la vida.

JOVEN: Si te doy dinero, podemos llegar a un acuerdo.

COMISARIO: Tu dinero no sirve para nada aquí.

JOVEN: Escúchame. No lo digo por mí. Tengo hijos. Si me llevas, si ellos se quedan solos, ya sabes lo que puede ocurrirles.

COMISARIO: Por favor, no me lo pongas difícil. Cuanto antes acabemos, mejor para los dos.

JOVEN: Pero, mis hijos... No tienen quien les cuide. Su madre murió.

COMISARIO: Alguien se ocupará.

JOVEN: En esta ciudad no nos queda ya nadie.

COMISARIO: Vamos.

JOVEN: Déjame hablar antes con ellos. Por favor.

COMISARIO: Tú no te me escapas. Voy contigo.

JOVEN: Déjame ir solo. Luego, iré a donde me digas. Lo juro.

COMISARIO: Sólo se te busca a ti. Nosotros somos humanos, no exterminamos familias.

Creemos en el futuro. En el progreso. Por eso, no les hacemos nada a los niños. Son los ladrillos de una nueva vida, el futuro. Porque el pasado ya no nos importa, solo el futuro. Te acompañaré, haz lo que tengas que hacer, y luego vendrás conmigo.

(La MUJER, al VIEJO.)

MUJER: Lo que le pido es necesario. Es algo justo. Para mí es una obligación moral de todos. Recuperar la memoria de los que sufrieron a causa de la Guerra Civil.

(El JOVEN, a alguien a quien no vemos.)

JOVEN: Si estáis ahí, no hagáis nada. No salgáis de donde estáis. No os mováis. No me contestéis. Simplemente, escuchad. Es un juego. El juego del escondite, y no debéis dejaros descubrir. Tengo que irme ahora. No sé cuánto pasará hasta que volvamos a vernos. Sé que volveré con vosotros, pero no sé si será dentro de poco o dentro de mucho. No debéis de tener miedo. Tenéis que seguir escondiándoos, como hemos hecho hasta ahora. Tú, Benito, debes buscar comida, como hacíamos cuando estábamos juntos. Eres el mayor de tus hermanos, y debes cuidarlos como yo hacía con todos vosotros.

Si no vuelvo en tres días, escúchame bien, tres días, debes salir con tus hermanos de aquí, y llegar hasta Aravaca. Id hasta Moncloa, y seguid la carretera para llegar allí. Preguntar por el tío Andrés. Tenéis que encontrarlo. Él os cuidará como si fuerais sus hijos. Y vosotros debéis tratarle en todo como si fuera vuestro padre auténtico. No le digas a nadie nada de mí. Olvidad hasta mi nombre. Os prometo que un día vendré a buscaros. Y entonces...

COMISARIO: Vamos...

7.- PREGUNTAS

VIEJO: ¿Hace mucho que ha llegado? Me he quedado dormido.

MUJER: Siento haberle despertado.

VIEJO: Soy yo quien debería pedirle disculpas. No ha sido un recibimiento agradable, tenerla aquí esperando tanto tiempo.

MUJER: Acabo de llegar.

VIEJO: Se ve que se ha puesto nerviosa, al no ver a nadie. Después del viaje que debe haber pasado. Nada cómodo, ¿verdad? Tanto esfuerzo, tanta molestia, no sé para qué. No debería haberlo hecho.

MUJER: Merecerá la pena, lo sé.

VIEJO: Por favor, siéntese si quiere. Detrás tiene una silla.

(El VIEJO señala sin levantarse.)

MUJER: Gracias.

VIEJO: Sírvase. Tiene de todo en el aparador. Si quiere, hay licor de hierbas. Pero con este calor querrá algo más refrescante. He preparado una jarra de agua con hielo. Estará fría.

MUJER: Gracias, me serviré un vaso de agua.

VIEJO: Tengo cerezas. Pruébelas, las tiene ahí, en un cuenco al lado del agua.

MUJER: ¿Es tiempo de cerezas? A estas alturas no creí que fueran a encontrarse en ninguna parte.

VIEJO: Tengo un cerezo que vive la temporada a su gusto.

MUJER: Muy oportuno. Muchas gracias. Están buenas. Muy ricas.

VIEJO: Déle las gracias al cerezo. Hay cosas que escapan a la comprensión más racional. ¿No lo cree?

- MUJER:** Sí que parece algo raro.
- VIEJO:** Usted parece una mujer muy inteligente. Ha logrado saber de mí, y descubrir dónde vivo tras todo este tiempo.
- MUJER:** Cuando se entrevista a un testigo, siempre surgen referencias a más personas. En los archivos se puede encontrar todo tipo de información, sólo hay que tener paciencia para buscarla. Lo que queda es relacionar un testimonio con otro, un dato con otro, y ya está.
- VIEJO:** Ana, ¿no tendrá usted nada que ver con la policía?
- MUJER:** Por supuesto que no. Ninguna relación. Y naturalmente que yo no soy policía, ni nada parecido. Hay otro tipo de investigaciones, no sólo las policiales.
- VIEJO:** Se ha precipitado en venir hasta aquí. Hay cosas que se pueden resolver a distancia, ahorrándose tanta molestia. ¿Qué es lo que quiere de mí?
- MUJER:** He estado con personas que le conocen. Y me han hablado mucho de usted. Me interesa todo lo que le pasó. Pero necesito saberlo de primera mano. Me quedan por fijar muchísimos detalles. Sé lo importante que sería su colaboración en mi trabajo.
- VIEJO:** ¿Por qué?
- MUJER:** Sobrevivió a un campo de concentración alemán. Mauthausen.
- (Silencio.)*
- Después, se atrevió a regresar a España en plena posguerra, en lo más duro del régimen de Franco. Demostró una audacia increíble.
- VIEJO:** Efectivamente, veo que sabe mucho de mí.
- (Un momento de tenso silencio, que el VIEJO rompe con un carraspeo.)*
- MUJER:** Lo mejor sería empezar ya, antes de que se haga más tarde.
- VIEJO:** Ha sido un día duro para mí. Le ruego que lo dejemos.
- MUJER:** No le robaré mucho de su tiempo.

VIEJO: Lo siento.

MUJER: Si me prestara sólo una hora. Será un pequeño esfuerzo, lo comprendo. Pero será lo más delicada posible.

(El VIEJO se levanta trabajosamente de su rincón, sin mostrar ningún ánimo de seguir la conversación. La MUJER saca de su bolso un carné y un sobre. Se dirige al VIEJO. Pero éste la rehuye.)

Mire.

VIEJO: ¿Qué me quiere enseñar?

MUJER: Éste es mi carné de investigadora de la Biblioteca Nacional. Y en esta carta de presentación podrá comprobar que lo que digo es verdad.

(La MUJER se lo tiende, pero el VIEJO, con un gesto, la detiene antes de que ella se acerque.)

VIEJO: No me interesa.

MUJER: Puede ver el sello de la Universidad.

(Una pausa tensa. La MUJER guarda sus cosas en el bolso. Lo cierra. Mira al VIEJO.)

Llame por favor al número de teléfono que viene en la carta. Podrá comprobar todo lo que le digo.

VIEJO: No tengo por qué llamar por teléfono ni hablar con nadie.

MUJER: Señor Cerrada, le pido que me conceda esta entrevista.

VIEJO: No insista.

MUJER: No me voy a mover de aquí. Hay muchas personas a las que su testimonio les será de mucha utilidad. Se lo debe a ellos.

VIEJO: ¿Que yo le debo qué a quiénes? No me haga reír.

MUJER: Creo en lo que estoy haciendo. Creo que es necesario. Que tras tantos años de silencio, hay que darle la palabra a los que como usted han vivido bajo la represión. Gente que tras la guerra ha sufrido el exilio, otras guerras e incluso los horrores del nazismo. Como usted.

VIEJO: Las heridas nunca se cierran. Es mejor no remover lo que ya está pasado y olvidado.

(La MUJER sonríe.)

MUJER: Estamos en septiembre de 1983. La libertad ha vuelto a España. Hay una constitución, partidos políticos. La gente puede pensar, leer y escribir lo que quiera, puede hablar por la calle con libertad, sin sentirse vigilado. Es tiempo de recordar. Sin miedo.

VIEJO: No soy tan joven como usted. Setenta años, casi setenta años. Podría ser su padre. Por lo que oigo, las cosas no están tan claras por ahí afuera. Atentados, huelgas, cargas de la policía, grupos de fascistas asaltando las calles. Y un golpe de estado.

MUJER: Con el tiempo, todo eso pasará. Son simples convulsiones, pataletas sin sentido ya. Estamos en una democracia. El golpe de los militares no significó nada. Los socialistas, pocos meses más tarde, ganaron las elecciones.

VIEJO: ¿Es usted socialista?

MUJER: No.

VIEJO: ¿No será anarquista?

MUJER: El anarquismo ya pasó a la historia.

VIEJO: Entonces, comunista. De esos sí que quedan algunos, demasiados.

(La MUJER duda, ante el tono de desprecio del VIEJO.)

MUJER: No. No soy de ningún partido. El único carné que tengo es ése de la Biblioteca Nacional que vio antes.

VIEJO: Me gustaría saber qué es lo que realmente quiere.

(El VIEJO habla para sí.)

Han pasado demasiados años. España ha cambiado. Europa, el mundo entero. Yo ya casi no soy de este mundo. Todo lo que he vivido ha muerto. Hace tiempo que dejé de hacerme preguntas. Lo único que espero es que me dejen en paz.

(El VIEJO y el JOVEN, hablan.)

No tendría que haber respondido a su carta. No tendría que haberle permitido entrar en mi casa.

JOVEN: Tómame un respiro. Si quieres, te alcanzo algo de beber. Te sentará bien.

VIEJO: Tú no puedes darme nada que me siente bien. Tú no puedes darme nada a mí. No debería estar hablando ahora contigo. No logro distinguir bien tu rostro. ¿Por qué?

JOVEN: Me acuerdo de cómo hablábamos de ciertas cosas... De las cerezas. ¿Te acuerdas?

VIEJO: Me acuerdo de todo.

JOVEN: ¿De todo?

VIEJO: Sí.

JOVEN: No creo que puedas recordarlo todo.

VIEJO: Lo recuerdo, lo tengo clavado. Los barracones, el camino lleno de barro. El hambre y el cansancio. El cansancio. La cantera. Los cadáveres. Los hornos. La ceniza. La ceniza. La ceniza. No logro distinguir bien tu rostro. Esta carretera. ¿Recuerdas la carretera?

JOVEN: Yo no puedo recordarla.

VIEJO: Me levanto todos los días y la miro. Me produce un cansancio enorme. Pensar que aquí hace tanto tiempo pasó lo que pasó.

JOVEN: Una carretera vacía.

VIEJO: Miles de refugiados, huyendo.

JOVEN: Un cielo siempre azul.

VIEJO: Ensombrecido por escuadrillas de aviones volando a ras de suelo.

JOVEN: El mar salpicando la carretera. Las olas, con su ronroneo.

VIEJO: Y los gritos de los niños, y las madres levantando las manos contra el cielo y el mar, y los ancianos cayendo en silencio.

JOVEN: Una carretera vacía frente al mar.

VIEJO: Cansados mis oídos del retumbar de los obuses que impactan desde el mar, disparados desde los barcos de guerra.

JOVEN: Tranquilízate. No debes ponerte tan nervioso. Mañana será un nuevo día.

(El joven se acerca por detrás de la silla del hombre, y le besa en la cabeza.)

8.- ROSTRO

(El VIEJO, callado en la penumbra. La MUJER le mira.)

VIEJO: ¿Qué mira?

(La MUJER baja la mirada. El rostro del VIEJO está deformado por heridas profundas y cerradas desde hace tiempo.)

MUJER: Su cara. Está completamente desfigurada. ¿Qué le ha pasado?

VIEJO: ¿También le interesa eso?

MUJER: Perdone. No quise molestarle.

VIEJO: No me molesta. Ni me duele. Fue un accidente, hace ya tiempo. Y así me ha dejado el rostro.

MUJER: ¿En la guerra?

VIEJO: No todo lo malo lo trae la guerra. Puede haber cosas peores. Un accidente de tráfico, hará unos 20 años. Un coche, la carretera mojada y una curva. Así perdí a mi familia, a mi mujer y mi hijo.

MUJER: ¿A la familia que tuvo en la guerra?

VIEJO: ¿Cómo sabe usted que tuve familia en la guerra?

MUJER: Lo he supuesto a través de las declaraciones de otros, de sus propias palabras...

VIEJO: No le he pedido explicaciones. Ni me gusta que me las pidan a mí.

Me casé en la guerra, pero mi mujer no sobrevivió. Cuando volví a buscarla, ya había muerto. Luego, pude rehacer mi vida. Mucho tiempo después de volver a España, encontré una mujer y me casé. Me casé. Si no lo hubiera hecho, no habría ocurrido ese accidente y ella aún estaría viva.

MUJER: Se casó después de volver de Alemania.

VIEJO: Ya se lo he dicho. Bastante después de volver de la guerra. Cuando pasó tanto tiempo como para creer que todo podía empezar de nuevo. Creí que podría ser por fin feliz. Pero la felicidad parece que no es algo adecuado para mí.

MUJER: Usted quedó con la cara marcada para siempre.

VIEJO: Qué más me da ya eso. En ese accidente... allí, entonces, maté a mi mujer y mi hijo. Yo conducía y... no sé qué me ocurrió.

MUJER: Perdóneme. Lo siento mucho por usted.

VIEJO: No me gusta que me compadezcan. Por eso evito que nadie me mire. No me mire. Por favor.

(Al JOVEN.)

No me mires así.

JOVEN: No lo estoy haciendo.

VIEJO: Daría una mano, un brazo, daría mi vida entera, por poder volver atrás y que ese accidente no hubiera ocurrido.

JOVEN: Los accidentes. Surgen de forma inesperada. Uno no puede evitarlo. Si no, no serían accidentes.

VIEJO: Si yo pudiera, te lo aseguro... Si yo pudiera volver atrás.

JOVEN: Te entiendo. Si uno pudiera volver atrás. Siempre hay algo de lo que uno se arrepiente, ¿verdad? Pero las cosas ocurren y ya no hay forma de volver atrás.

VIEJO: Yo quisiera que mi mujer estuviera aquí conmigo, viva. Que mi hijo hubiera tenido la vida que no pudo disfrutar. Tenía 11 años. Y yo conducía, y creía que iba controlando, pero...

JOVEN: Fue un accidente. ¿Por qué te preocupas tanto entonces? Ya nada se puede hacer.

VIEJO: Ella lo descubrió todo.

JOVEN: ¿A qué te refieres?

VIEJO: Ella lo descubrió todo. Había descubierto que toda mi historia era una farsa. Mi nombre, mi pasado, y cada una de mis palabras. Y sentía que su propia vida era un engaño, contaminada por mis mentiras. Que su mismo hijo, nuestro hijo, era producto de la mentira.

JOVEN: Todos ocultamos algo. ¿Verdad?

VIEJO: Basta. ¡Basta!

MUJER: ¿Qué le pasa?

VIEJO: Déjame en paz.

(La MUJER se enfrenta a él.)

MUJER: Usted se comprometió por carta a hablar conmigo.

VIEJO: No lo hice. Fue usted la que dijo que vendría, sin esperar a que yo la contestara y le diera autorización o no. Yo nunca le di pie para esta entrevista.

(Tras un breve y duro momento de indecisión, ella habla.)

MUJER: Usted vivió una guerra, y al parecer luchó con la República. Por la libertad.

VIEJO: ¿De dónde ha sacado esa conclusión?

MUJER: Al estar en Mauthausen...

VIEJO: En la guerra civil uno luchaba donde le tocaba y le ponían un fusil en las manos, y le decía, apunta allí, que ése es el enemigo.

MUJER: Pero al final le tocó sufrir la suerte del vencido.

VIEJO: En una guerra no hay vencedores y vencidos. Todos son perdedores.

MUJER: Por eso creo que usted está obligado a hablar. Está obligado por todo lo que sufrió.

VIEJO: Lo viví todo, y lo sufrí todo. Pero eso no me obliga a hacer lo que usted me diga.

MUJER: No me puedo creer que ésa sea su última palabra.

VIEJO: Voy a llamar para que la recojan y la lleven de vuelta al pueblo.

9.- SOLEDAD

MUJER: *Me imagino a mi madre. Una muchacha en medio de la guerra. Una joven, casi una niña, como muchas otras tantas. Me imagino una mujer joven, sola, a la que su novio la ha dejado para ir al frente. Me la imagino en su casa, contando inútilmente los días que quedan para el día de su boda. Asomándose a la ventana y mirando el horizonte, escuchando unos pasos que no se acercan. Me la imagino abriendo el armario y cuidando de su vestido de novia.*

(El pasado. El JOVEN, con la MUJER, que hace ahora de ESPOSA.)

ESPOSA: 1938. Por todas partes hay guerra. En todas las regiones, en todas las ciudades. En el pueblo. En el campo. Todo está en guerra, todos los españoles se sienten en guerra contra algo.

JOVEN: Yo sólo pensaba en sobrevivir. Fui desertor, huyendo de todos los frentes. No quería pertenecer a ningún bando. La guerra no tenía nada que ver conmigo. Yo sólo quería vivir.

ESPOSA: Ven aquí. Estarás seguro, No tengas miedo. Has tardado mucho en volver.

JOVEN: ¿Te conozco?

ESPOSA: Sabes que no me gustan las bromas. Soy tu novia, tu prometida. Y mañana ya seré tu esposa. Has venido. Nadie me creía. Se reían de mí, como si fuera una pobre loca. Por confiar en que vendrías para el día de nuestra boda. El día que fijamos antes de esta guerra estúpida. El día en el que tú me prometiste volver. Nadie esperaba que tú regresaras a por mí. Nadie. Pero yo sí, yo te he esperado, porque por encima de todo sabía que tú ibas a venir. Shhh. Silencio. Nadie tiene que escuchar esto. Tengo todo preparado. Los invitados, la iglesia, el convite. Incluso, el baile. Y te tengo aquí, junto a mí.

JOVEN: Estoy aquí, junto a ti, pero no entiendo lo que me estás diciendo.

ESPOSA: Pasa. Hace frío y estás empapado.

JOVEN: La lluvia.

ESPOSA: Mañana no lloverá. Quítate esa ropa o acabarás constipándote. Tengo algo de mi hermano que te servirá.

JOVEN: ¿Tú hermano? ¿Él está aquí, contigo?

ESPOSA: ¿Qué dices? Está en el frente, como todos los hombres jóvenes. Pero mañana llegará para la boda, con todos los invitados.

VIEJO: La boda.

JOVEN: La boda.

ESPOSA: Claro, la boda. La boda que fijamos justo para el día de mañana, hace ya cinco años.

VIEJO: La boda.

ESPOSA: Nos casaremos. Nos olvidaremos de que hay una guerra, de que hay mundo. Nos casaremos.

JOVEN: Nos casaremos, tú y yo, y ya no volveré a irme de aquí. ¿Cómo te llamas?

ESPOSA: Tonto. No te rías de mí.

VIEJO: Me gusta oírte a ti decir tu nombre.

ESPOSA: Eres idiota.

VIEJO: Dímelo. Vamos, dímelo, por favor.

ESPOSA: Margarita.

VIEJO: Margarita.

JOVEN: Margarita, nos casaremos tú y yo.

VIEJO: Nos casaremos tú y yo.

ESPOSA: Nos casaremos tú y yo. Lo celebraremos y nos besaremos delante de todos los invitados. Luego, bailaremos. Y todos bailarán con nosotros. Pero poco a poco se irán yendo. Y tú y yo nos quedaremos solos. De noche, ante las estrellas, me tomarás entre tus brazos y me abrazarás. Y entraremos en casa. Por la mañana, llamarán a la puerta, y aunque no quieras abrirles, la descerrajarán e irán a por ti. Preguntarán por tu nombre.

JOVEN: ¿Qué nombre?

ESPOSA: Por tu nombre, el nombre con el que te has casado, el nombre con el que yo te llamo. Juan Cerrada.

VIEJO: Juan Cerrada.

JOVEN: Yo no me llamo así.

ESPOSA: Ése es tu nombre. Ése es tu nombre y yo lo lloraré y lo gritaré con dolor cuando te lleven. Ése es tu nombre y yo lo repetiré toda mi vida. Y lloraré por tu nombre cuando pasen los años y tú no hayas vuelto.

JOVEN: Si así va a ocurrir, será mejor que me vaya.

VIEJO: No.

ESPOSA: No. Si lo haces, los que están afuera, te prenderán y te darán el paseo ahora. Aquí, entre mis brazos, tienes un refugio. De madrugada, puedes intentar huir, con las primeras luces. Pero sé que te enredarás entre las sábanas y el día llegará. Y que ellos ya se habrán enterado de nuestra boda y vendrán a por ti. Y que tirarán la puerta abajo, y te encontrarán aquí, con la cabeza apoyada entre mis pechos. Que te llevarán, y a mí me dejarán con el corazón destrozado. Porque un día robé a la guerra al hombre al que amo, y al día siguiente la guerra me lo arrebató a mí para siempre.

(El bar de pueblo. Una hora demasiado temprana o demasiado tardía. No hay nadie, y quizá el CAMARERO quiera cerrar para irse.)

CAMARERO: Te veo todas las noches, desde hace casi en una semana, desde ese día en que apareciste buscando el viejo Juan Cerrada. Me pides una cerveza, te la sirvo, y pasado el tiempo me pides un gintonic. Te lo sirvo como sé que te gusta, con poco hielo y dos rodajas de limón, y así pasas las horas antes de subirte a tu habitación. Ya llevas aquí demasiado tiempo. Sin hablar con nadie. Sin mezclarte con ninguno de los de aquí. Vienes al bar, comes tu comida aparte de todos, bebes sin brindar con nadie. Una mujer reservada.

¿Necesitas que te sirva algo más?

MUJER: ¿Me estás hablando a mí?

CAMARERO: Es extraño ver a una mujer como tú en este sitio, tan lejos de cualquier parte.
¿Encontraste lo que buscabas?

MUJER: No tengo que dar explicaciones a nadie de lo que hago.

CAMARERO: No te pido explicaciones. Sólo es interés acerca de ti. Si no quieres contestarme, todo está bien. ¿Qué tal con Cerrada?

MUJER: Cerrada. Ese hombre que dice llamarse Cerrada. Creí que él tenía la clave de algo muy importante para mí. Quizá me equivoque, quizá me esté equivocando.

CAMARERO: Nada puede ser más importante que uno mismo. Tal vez no estés preocupándote lo suficiente por ti.

MUJER: Supongo que tienes razón. Un amigo mío me decía algo parecido.

CAMARERO: Dentro de un momento voy a cerrar.

MUJER: Es todavía muy pronto.

CAMARERO: Pero no hay clientes.

MUJER: Estoy yo.

CAMARERO: Sí.

MUJER: ¿Podría tomar una última?

CAMARERO: No creo que sea buena idea.

MUJER: ¿Hay algún otro sitio donde se pueda beber algo?

CAMARERO: En el pueblo no hay nada. Tendrás que coger el coche, e irte a la ciudad. Está a media hora de aquí.

MUJER: Será demasiado tarde entonces. Cuando llegue allí, ya no me apetecerá tomar nada.

CAMARERO: Eso ya es cuestión tuya.

MUJER: Parece que no te caigo bien.

CAMARERO: Simplemente, tengo que cerrar.

MUJER: Necesito hablar con alguien.

CAMARERO: Siempre es bueno hablar.

MUJER: Hoy he visto... Algo que me va a ser difícil olvidar. Una cara sin rostro. Una cara con dos agujeros en el lugar de la nariz y de la boca. Con un ojo que parece haber sido arrancado y arrojado luego a lo que quedaba de esa cara.

CAMARERO: Tal como lo dices parece una pesadilla.

MUJER: Ha sido algo muy real. Y lo curioso, es que no ha despertado en mí ningún tipo de repulsión. Fue como ver un rostro cualquiera.

CAMARERO: La cara es un espejo del alma. Eso dicen.

MUJER: Se dicen muchas estupideces. Si tú me miras a la cara, ¿qué podrías decir de mi alma?

CAMARERO: ¿Quiere que te sirva la última?

MUJER: Gracias.

CAMARERO: Espero que no me cierren el local por esto. ¿Qué miras?

MUJER: ¿Puedo tocarte la cara?

CAMARERO: Si quieres, acaba eso y damos un paseo por la playa.

MUJER: *A la mañana siguiente de su boda fueron a buscar a mi padre. No le preguntaron cuál era su nombre real, los falangistas simplemente le cogieron de cada brazo, y lo sacaron de la casa. Su mujer se agarró a él y se dejó arrastrar por el camino detrás de ellos, hasta que con un culatazo de fusil la dejaron abandonada en mitad de la nada.*

A empujones, atravesaron el pueblo tirando de mi padre, y lo llevaron así hasta el río. Allí solían llevar los de su bando a los que les daban el paseo. Los del otro bando, cuando el frente cambiaba, solían acabar el paseo en la mina. El hombre debería de haber acabado allí, en el río. Al día siguiente mi madre, su viuda, recorrió el río, ribera arriba, ribera abajo. No encontró nada. Nunca se encontró nada. Nadie encontró su cuerpo. Nunca se supo nada más de Juan Cerrada.

10.- LOS QUE QUEDAN

(La MUJER con el VIEJO.)

VIEJO: ¿Otra vez aquí? ¿Otro día más? No creí que volviera. Es usted terca, una cabezona. ¿Nunca se lo habían dicho?

MUJER: Continuamente, señor Cerrada. Pero ya le dije que tengo detrás buenas razones para insistir.

(Indecisión. A ella le cueste mucho volver a hablar. Pero también es duro sostener el silencio.)

Se lo repito, esto no es nada gratuito. Es necesario. Es algo más que justo. Para mí, es una obligación. Recuperar la memoria de los que más sufrieron a causa de la Guerra Civil.

VIEJO: ¿Recuperar la memoria? No me diga que nos vamos a poner a abrir tumbas ahora. Lo pasado, pasado está. Viva su vida, y deje de recuperar memorias de gente que no conoce.

MUJER: Es la memoria de todo un país. Eso es lo que hay que desenterrar. Por eso no me iré de aquí así como así.

VIEJO: ¿Por qué me quiere obligar a hacer lo que usted quiera? Callar es también un derecho.

MUJER: Necesito que colabore conmigo. Los datos y testimonios de supervivientes como usted son realmente valiosos, mucho. Y cada día que pasa, van a ser más difíciles de rescatar. Por eso, estoy desesperada, ya que parece que choco contra un muro de silencio. Si gente como usted declarara, podría ser clave para derribarlo. Si usted hablara, quizá muchos seguirían su ejemplo.

VIEJO: A veces, el silencio es la mejor elección. Y eso es lo que yo elijo. Callar.

MUJER: Si usted calla, si todos callan, si este silencio sigue, muy pronto todo lo que usted y gente como usted han vivido se perderá. Se perderá una parte de nuestra historia.

VIEJO: ¿Habla de la historia, con mayúsculas? Un montón de papeles que nadie lee.

MUJER: Pero todo lo que han sufrido ustedes, todo lo que se ha olvidado, todo el desprecio a los vencidos...

VIEJO: Tras una guerra civil sólo hay perdedores, y poco importan ya los bandos. ¿No se lo he dicho ya? Por eso, lo olvidado, bien olvidado está. Y a usted, ¿le pagan bien por hacer lo que hace?

MUJER: No tengo un contrato, no cobro sueldo de ningún tipo. Nada.

VIEJO: ¿Entonces, por qué se empeña tanto en todo esto?

MUJER: Es un trabajo de investigación. Sin ningún otro beneficio. Si un día logro acabarlo, quizá logre interesar le a algún editor, y publicaré con todo esto un libro. Pero no espero ganar ni dinero ni mucho menos fama con ello.

VIEJO: ¿Cómo piensa llamar a su libro?

MUJER: *Los que quedan.*

VIEJO: *Los que quedan.* Un tanto macabro. *Los que quedan.*

No me creo del todo esa historia del libro. ¿Qué es lo que realmente le mueve a usted? Dígamelo. Si quiere que yo responda a sus preguntas, antes tendrá usted que responder a las mías.

MUJER: Se lo he dicho. Yo creo que...

VIEJO: Creo, creo. No me irá a decir que es todo cuestión de creer o no.

MUJER: Si no creyera en todo esto, no estaría aquí.

VIEJO: Solemos creer en muchas cosas. Pero pocas nos llevan a hacer locuras como la que usted ha hecho.

MUJER: Tal vez, todo esto lo hago por alguien.

VIEJO: ¿Por quién?

MUJER: Quizá, por usted.

VIEJO: ¿Por mí?

MUJER: Es una forma de que usted recupere tanto como la vida le ha quitado.

VIEJO: ¿Por mí?

MUJER: Por usted y por todos los que perdieron la guerra...

VIEJO: Ya, ya vale. Cuando todo se llena de palabras bonitas, siempre pienso que debe haber algo más. Más concreto. Más directo. ¿Qué es lo que busca aquí? ¿Qué es lo que realmente quiere de mí? Contésteme.

(Un momento de vacilación de la MUJER, que no se atreve a mirar al VIEJO.)

MUJER: Mi padre.

VIEJO: ¿Qué le pasó a su padre?

MUJER: Mi padre desapareció en plena Guerra Civil.

VIEJO: ¿Eso es lo que busca realmente, encontrar a su padre?

MUJER: No creo que mi padre aparezca, nunca. Todo me indica que él murió. Pero aún así me queda una duda. Tengo que explorarla hasta el final. Necesito estar del todo segura de qué es lo que le pasó.

(El VIEJO la mira. La MUJER no dice nada. El silencio pesa.)

VIEJO: No debería haber venido.

(Un momento de tenso silencio, que el VIEJO rompe con un carraspeo.)

Estoy cansado, muy cansado. Me canso fácilmente. Usted creará que esto es una excusa. Pero a mi edad la fatiga es una tortura.

(El VIEJO se levanta trabajosamente de su rincón.)

MUJER: Por favor. Se lo ruego.

VIEJO: No.

(El VIEJO no muestra ningún ánimo de seguir la conversación. La MUJER se le queda mirando.)

(El JOVEN se interpone entre los dos.)

JOVEN: Eh, tú. ¿Sigues vivo? Vamos, dime que estoy vivo y que merece la pena seguir con esto.

VIEJO: ¿Dónde estamos?

JOVEN: Me haces reír. ¿Dónde? Dímelo tú. Seguimos aquí, frente a una carretera vacía. ¿Qué te pasa ahora?

VIEJO: No me gusta que me miren como si me estuvieran juzgando.

JOVEN: Yo no te estaba mirando.

VIEJO: No lo digo por ti. Sino por ella.

JOVEN: ¿Ella? Deliras.

VIEJO: Siento... odio en esta mujer. Que se remueve como un animal a punto de soltar un zarpazo. Estoy agotado. Quizá debería descansar un poco. Quizá debería dormir.

(El VIEJO duerme.)

JOVEN: *1939. Un hombre huye de su pasado y de su futuro. De la guerra que ha inundado todo un país. De la ciudad sitiada en la que salvando la vida lo ha perdido todo. De la mujer que le abrió su vida sin conocerlo. No quiere acordarse de nada, y renuncia a su nombre y a su rostro. Pero huyendo de sí mismo acaba siendo presa del nombre de otro y de la suerte de otro. 1943. Un tren atraviesa Europa con un cargamento de españoles deportados. Su destino es Mauthausen.*

(Mauthausen. El VIEJO duerme y en sueños se queja. El JOVEN se acerca a él.)

JOVEN: Eh, despierta. ¿Estamos en Alemania? ¿Mauthausen?

VIEJO: ¿Qué pasa? ¿Es el recuento ya?

JOVEN: ¿El recuento? Deben ser las dos de la madrugada. ¿Estamos en Mauthausen? ¿Es eso verdad?

VIEJO: Las dos. Y a las cinco tenemos que estar ya en pie. Español, ¿no?

JOVEN: Sí. Llegamos ayer.

VIEJO: Estamos en Mauthausen. Estamos en Alemania.

JOVEN: Gritas como un condenado y no dejas dormir a nadie.

VIEJO: ¿Tienes algo de comer?

JOVEN: Toma esto. No lo quiero.

VIEJO: ¿Tú no lo quieres? Estás loco. ¿De qué piensas vivir?

JOVEN: De eso, no.

VIEJO: Cuando lleves aquí unos días más, comerás lo que sea.

JOVEN: Aquí huele a mierda.

VIEJO: No sólo es mierda. Todas las noches mueren media docena.

JOVEN: ¿Muertos? ¿Asesinados? ¿Entran en los barracones por las noches?

VIEJO: Los vigilantes entran por las noches cuando les sale de las narices. Pero los que mueren lo hacen por agotamiento, por cansancio, por hambre. Por miedo a vivir. Por cualquier cosa, por todo y por nada. Esto es Mauthausen.

JOVEN: A nosotros nos han metido durante una semana en un tren de mercancías. Como a animales, y como animales nos han tenido encerrados durante todo el viaje, sin abrir las puertas para nada. No se podía ni moverse, ni respirar. La gente se hacía todo encima. Pero eso era lo de menos. Si caías, no te levantabas. Los más débiles, los que se caían, morían arrollados por los demás. Y ahí se quedaban, bajo nosotros, pudriéndose mientras los que seguíamos vivos les pisábamos

VIEJO: Lo que cuentas lo hemos vivido todos. Pero eso no es nada, sólo el comienzo.

JOVEN: Tú no eres español.

VIEJO: No. Soy alemán.

JOVEN: Hablas español demasiado bien. Ahora estabas soñando y pasabas del alemán al español sin problemas.

VIEJO: Conozco España. Me gusta tu país.

JOVEN: Yo soy de Málaga. Conoces Málaga, ¿verdad? Hablabas de ella en tus sueños. Eso me ha parecido oírte. ¿Qué hace un alemán en Málaga? ¿Qué hace un alemán aquí?

VIEJO: Lo que todos.

JOVEN: No eres judío.

VIEJO: No. Ni gitano, ni homosexual. Ni húngaro, ni nada.

JOVEN: Comunista.

VIEJO: Deserté del ejército. ¿Tú eres comunista?

JOVEN: No, no lo soy.

VIEJO: Yo tampoco. Sólo soy un prisionero, como cualquier otro. Pregunta por mí a cualquiera de estos. Verás que no tengo trato de favor ni nada parecido. Los nazis y yo no nos caemos bien. No sé cómo todavía estoy vivo. Pero si no te fías de mí, toma tu pan. Además, lo necesitarás para tener fuerzas para ir a la cantera mañana.

JOVEN: ¿La cantera?

VIEJO: ¿Quieres un consejo? Cuando estés ahí, no pares, pero no te canses. Que siempre te vean activo, pero no te dejes la piel. Si no, en pocas semanas eres hombre muerto.

JOVEN: Escucha, ¿se puede salir de aquí de alguna manera?

VIEJO: ¿Ves esas chimeneas?

JOVEN: Ya me ha contado lo de las chimeneas.

VIEJO: Pues por ahí vamos a salir todos.

JOVEN: Todos, yo y tú también. ¿O tú no?

VIEJO: Sí te molestan los gritos para dormir, no te preocupes. Ya te acostumbrarás a ellos. Dentro de poco, tú también gritarás en sueños. Son las dos de la madrugada. Duerme.

11.- PUERTA DEL INFIERNO

(La MUJER acorrala al VIEJO.)

VIEJO: Mi cuerpo ya no es el de ese hombre joven que vivió la guerra. Ese joven que se quedó en el pasado, ésa es la persona que le interesa, no yo.

(La MUJER saca de su bolso una pequeña grabadora de bolsillo, que conecta.)

MUJER: Es una herramienta de trabajo. Una pequeña grabadora. No se preocupe. Nada de lo que hablemos se utilizará sin su permiso. Nombre.

VIEJO: ¿Qué?

MUJER: Conteste a lo que le pregunto, por obvio que parezca. Empezamos con una ficha personal. Su nombre, por favor.

VIEJO: Juan Cerrada Martín.

MUJER: Edad.

VIEJO: Nací en 1915. El 13 de septiembre, dentro de poco, cumpliré 68 años.

(La MUJER rebobina, pulsa la tecla de reproducción. Se oye el rebobinado. Y suena, metálica y desagradable, la grabación de la voz del VIEJO.)

Juan Cerrada Martín...septiembre, dentro de poco...

(La MUJER recupera el punto y sigue grabando.)

MUJER: Hábleme del fin de la Guerra Civil. Qué pasó entonces.

VIEJO: ¿Sigue grabando?

(La MUJER le hace un gesto afirmativo.)

Pues... Las tropas de Franco avanzaban... Nos empujaban...Y muchos nos fuimos a Francia. Cuando pasamos la frontera, ya no pensamos en volver. Todo había acabado, al menos para nosotros. Creíamos que nada podía ser peor. Que estábamos

en un país libre y sin guerra. Pero los franceses, no jugaron limpio. Nos hacinaron en campos de internamiento, y pusieron de guardia a soldados senegaleses, que no entendían nada de español y tampoco hacían nada para entendernos. ¿Nos trataron como a perros? Bueno. Lo peor estaba por llegar.

MUJER: Mauthausen.

VIEJO: Mauthausen. Siempre estoy volviendo a Mauthausen. Mauthausen. Allí no existía la compasión.

En esa época nadie la tenía. Ni estalinistas, ni trotskistas, ni anarquistas, ni fascistas, ni mucho menos los burgueses, que muchas veces se aprovechaban de la situación para sus propios intereses. Pero los nazis hicieron algo peor que el resto. Convirtieron la falta de compasión en su religión.

MUJER: Sobrevive en Mauthausen. ¿Cómo lo logra? ¿Conoció a más españoles allí? Hábleme de ello.

VIEJO: Hace cuarenta años de esto y aún me siento dentro de los muros y alambradas de... ese sitio. Nos obligaban a trabajar en una cantera, un agujero infernal.

JOVEN: ...una cantera, un agujero infernal.

VIEJO: Piedras de hasta 60 kilos, las subíamos por un muro de 50 metros, bajo los golpes de los oficiales y los kapos. Desde lo alto del despeñadero los SS arrojaban al vacío a los que ya no podían más. Paracaídas, así los llamaban. Si el desgraciado no moría a la primera, repetían la operación.

JOVEN: ...bajo los golpes de los oficiales y los kapos.

VIEJO: Cuando uno duerme en una barraca, como yo he dormido, enfrente del crematorio, y durante toda la noche ve salir las llamas por la chimenea, la esperanza deja de tener sentido.

JOVEN: ... toda la noche...

MUJER: Desde 1943...

VIEJO: Hasta 1945.

MUJER: Cuando los americanos liberan el campo. Vuelve entonces a una España totalitaria que aún no había salido del clima de enfrentamiento. Y en España logra evitar la cárcel.

VIEJO: No fue tan fácil. Fui detenido e interrogado. Asistí a un simulacro de juicio, en que la condena estaba fijada antes de la vista. Iba a ser internado en prisión, pero logré escapar. A partir de entonces, me convertí en un fugitivo.

MUJER: Aún así, en lo peor de la España de Franco, estando fichado y buscado, sobrevive con su nombre. Como si todos se hubieran olvidado de usted.

VIEJO: Si lo que pregunta es si no estuve en la cárcel, lo reconozco, nunca estuve. Tuve suerte. Me acostumbré a huir, y a no permanecer más de unos meses en el mismo lugar. Pero podían haberme detenido en cualquier momento.

MUJER: En aquella época, ninguna investigación se podía separar de una pena de cárcel. 28.000 penas de muerte reconocidas en los diez años siguientes al final de la guerra. Algunos elevan estas cifras hasta llegar a 200.000. Así era el trato de los vencedores hacia los vencidos.

VIEJO: Vencedores, vencidos. Se ha preparado muy bien todos esos datos. Pero parece no querer entender nada.

MUJER: ¿Qué pasó con la familia que le quedó en España durante la guerra?

(Silencio.)

¿Se reencontró con ellos al volver a España?

VIEJO: No. Mi mujer murió antes de que yo volviera a España.

MUJER: ¿No tenían hijos?

VIEJO: No.

MUJER: ¿Cómo y cuándo supo de la muerte de ella? Sería un duro golpe, supongo.

VIEJO: ¿También tengo que hablar de esto?

MUJER: Contésteme, por favor.

VIEJO: Fue en Francia, antes de ser detenido por la policía de Vichy. De España me llegó la noticia de su muerte.

MUJER: ¿Intentó asegurarse de ello más tarde, al volver?

(Silencio. El VIEJO se siente incomodado.)

VIEJO: En cuanto me fue posible.

Lo que no pudo la guerra lo consiguió el hambre y la enfermedad. Y la pena. Tras nuestra boda fueron a buscarme para darme el paseo. Yo logré escapar, pero ella se quedó sola, y la presión que tuvo que aguantar fue terrible.

(El VIEJO se calla por un momento.)

MUJER: Cuénteme esa historia. Estuvieron a punto de matarlo a mitad de guerra.

VIEJO: Las cosas eran así en esos tiempos. Llegaban las milicias rojas, y depuraban. Luego, el frente cambiaba, y llegaban las escuadras fascistas, y depuraban lo que quedaba.

¿Qué le pasa?

(El VIEJO se ha dado cuenta de que la MUJER se encuentra acalorada, sofocando un ataque nervioso.)

¿Qué le pasa?

MUJER: No es nada. Un mareo.

(La luz se apaga.)

VIEJO: Podemos dejar esto para otro momento. Creo que es lo mejor.

(En Mauthausen, los dos hombres.)

Eh, español. ¿Qué te pasa ahora? ¿Estás enfermo? No nos lo podemos permitir. Levántate. Te la estás jugando tú, pero también nos pones en peligro a todos nosotros.

JOVEN: Es sólo un mareo.

VIEJO: Eso es que tienes hambre. Mira, guardo esto aquí, para emergencias como ésta. Una vez me diste un trozo de pan. Toma ahora, y come. Estamos en paz. Come aunque se

te revuelvan las tripas. Si flojeas, eres hombre muerto y los demás a pagar por el. Que te levantes ya. Si sigues ahí, nos la jugamos todos.

No te veo nunca hablar con los otros españoles.

JOVEN: Déjame en paz. Estoy cansado.

VIEJO: Si te quieres morir, espera a salir a la cantera. Allí no nos buscarás problemas. ¿No te das cuenta de dónde has caído?

JOVEN: En un campo, está claro. Ya estuve en otros. En el sur de Francia, y luego en Alsacia.

VIEJO: Espabila y no te duermas. Van a tocar ya al recuento. Este no es un campo como los que tú conoces.

JOVEN: Vete a tomar por culo y déjame en paz.

VIEJO: Tú te vas a levantar ya y te vas a ir derecho al recuento.

JOVEN: Y si no, ¿me vas a matar o qué?

VIEJO: Yo no te voy a matar. Hans y Hans están deseando aporrear la cabeza de un español como tú. Vamos. Despabila, ostia.

JOVEN: ¿No hay forma de salir de aquí?

VIEJO: ¿Aparte de las chimeneas?

JOVEN: No veo la gracia de hablar ahora de las chimeneas. Debe haber alguna manera para salir de aquí.

VIEJO: Aguantar. No morir. Tener suerte y que ellos sigan perdiendo la guerra. Que lleguen los aliados y nos liberen antes. Eso es lo que podemos hacer. Esperar, aguantar, sobrevivir.

JOVEN: Esperar un milagro.

VIEJO: Un milagro, sí. Dicen que el frente se acerca. Ahora lo mejor es no pensar en escapar, y aguantar.

JOVEN: No me creo que nadie haya intentado escapar.

VIEJO: Claro que muchos lo han intentado. ¿Te he hablado de Gellert, el húngaro narizota? Un buen tío. Lo intentaron, él y unos cuantos más. Me ofrecieron ir con ellos. Yo les ayudé, les deseé buena suerte... pero me quedé. Les capturaron nada más rebasar las primeras barreras.

JOVEN: ¿Y?

VIEJO: Los colgaron en mitad del campo. Pasábamos debajo de ellos, todos los días. Estuvieron ahorcados hasta que sus cuerpos se pudrieron y luego se secaron. Pasábamos debajo de ellos, y se nos caían los gusanos en la cara. Alguno empezó a silbar una canción, Poco a poco, todos la silbábamos cuando nos hacían ir por debajo de ellos. Escucha.

(El VIEJO silba.)

JOVEN: ¿Realmente, no piensas salir de este infierno? Creo que tú sabes cómo escapar.

VIEJO: ¿Por qué estás tan seguro?

JOVEN: Porque si estás hablando conmigo, es porque quieres algo de mí. Y lo único que puedes sacar de alguien como yo es que te ayude a huir.

VIEJO: He visto como freían a mucha gente, sólo por guardarse una cuchara entre la ropa. De aquí no sale nadie. Sólo por ahí. Noche y niebla. Humo, cenizas. Nada.

JOVEN: Aún no se ha creado una trampa que me atrape a mí. Y creo que a ti tampoco.

(El JOVEN silba la canción.)

12.- MÁSCARAS

(Silencio. La MUJER se repone, y sigue hablando.)

MUJER: Su mujer, su primera mujer, se llamaba Margarita Lebrón.

VIEJO: Sí. Es así.

MUJER: Margarita Lebrón. Casada con Juan Cerrada el 2 de febrero de 1938.

VIEJO: Así es.

MUJER: A la mañana siguiente de la boda, una escuadra se llevó a Juan Cerrada y Margarita Lebrón se quedó sola. Pero ella no murió, ni en la guerra ni después en la posguerra.

VIEJO: ¿Qué es lo que está diciendo?

MUJER: Margarita Lebrón falleció hace sólo tres años. Durante este tiempo estuvo viva. ¿Sabía que Juan Cerrada tenía una hija?

VIEJO: ¿Una hija?

MUJER: No, claro que no sabe nada. Pese a que usted diga haberla buscado bien.

VIEJO: Está hablando de mi mujer. ¿Se da cuenta? De mi mujer. ¿Qué pretende? No juegue conmigo.

(La MUJER se dirige a dónde se esconde el VIEJO. Le acorrala.)

MUJER: Cualquiera al que hubiera preguntado en Barrera de Solís podría haberle dicho que fue de ella. Usted no hizo ningún esfuerzo por encontrarla.

VIEJO: ¿Qué es esto? ¿Una encerrona? ¿A dónde quiere llegar?

MUJER: Juan Cerrada.

VIEJO: Sí.

MUJER: Es un nombre que suena bien. Realmente, ¿es su nombre?

VIEJO: Juan Cerrada Martín. Ése es mi nombre, usted ya lo sabe.

MUJER: Me gustaría que me lo dijera usted. Que me dijera que usted, realmente, es Juan Cerrada.

VIEJO: Pero...

MUJER: Usted no es Juan Cerrada. No se casó con Margarita Lebrón. No creo que llegara a luchar en la Guerra Civil en ningún bando.

(En Mauthausen.)

JOVEN: Alemán.

VIEJO: Dime, español.

JOVEN: Hoy la han tomado con François en la cantera. Le han destrozado.

VIEJO: No puedes hacer nada ya por él. Mañana pueden ir a por ti o a por mí. A quien le toca, le toca, y punto. Mientras a uno no le afecte, la cosa es seguir adelante, siempre adelante. Hasta donde se pueda. Nada más.

JOVEN: Esto es una mierda. No vamos a salir de aquí vivos.

VIEJO: Pensando en lo que has dejado allá fuera, ¿verdad? No lo hagas. No pienses en cerezas ni en nada parecido.

JOVEN: Cuéntame cómo vamos a escapar de aquí. No aguanto ni un segundo más en este pozo.

VIEJO: No pienses en huir de aquí.

JOVEN: No puedo evitarlo. Necesito pensar que vamos a salir de aquí.

VIEJO: Es mejor olvidar que hay algo fuera de estos muros.

JOVEN: No puedo.

VIEJO: Esa mujer. Esa de la que me hablas todas las noches. Esa con la que comiste cerezas. ¿Cómo se llama?

JOVEN: Margarita.

VIEJO: Gretchen.

JOVEN: Margarita. No lo confundas todo con tu idioma.

VIEJO: Margarita. Dime cómo es.

JOVEN: Muy joven. Entonces debía tener poco más de 18 años. Pero con la guerra, las muchachas parecen mujeres mayores.

VIEJO: Pero cuéntame lo bueno. ¿Tenía un par de buenas?

JOVEN: Eh, boche. Estás hablando de mi mujer. De mi esposa.

VIEJO: ¿Te casaste con ella? Nunca me lo habías contado.

JOVEN: Sí, me casé con ella. Con cura e invitados. Por todo lo grande. En mitad de la guerra. Cuando lo que tenía que pensar era en escapar y en esconderme, conozco a una desconocida y me caso con ella.

VIEJO: Una boda a lo grande, en mitad de la guerra. Cómo sois en España. Lo tendrías todo bien preparado.

JOVEN: No. Te digo que no conocía a la chica. Llegué a Barrera, su pueblo, buscando una escapatoria. Debí confundirme con alguien. O simplemente, estaba desesperada. Y... me casé al día siguiente con ella. Ella sí que lo tenía todo preparado, como si supiera que iba a llegar ese día. Como si me estuviera esperando.

VIEJO: Lo tenía todo preparado y sólo le faltaba el novio. Llegaste tú y la cosa se arregló. Ya tenía novio, ya tenía boda.

JOVEN: Me estaba esperando, sí.

VIEJO: Pero no la conocías de antes.

JOVEN: No. Nunca había ido a ese pueblo.

VIEJO: Entonces, si es así, realmente con ella has compartido sólo unos días.

JOVEN: Tres días... Al día siguiente a la boda fueron a por mí. No sé cómo me encontraron.

VIEJO: ¿Te casaste sin conocerla y sólo estuviste una noche con ella?

JOVEN: La conocí un día, me casé con ella al día siguiente, y al siguiente me detuvieron, y aquí estoy. Y ahora quiero irme de aquí y volver.

VIEJO: ¿Y ya está?

JOVEN: Ya está.

VIEJO: Y quieres escapar para volver con ella. ¿O hay algo más? Espero que no me estés escondiendo algo desagradable. Si me guardas más secretos, va a ser difícil que planeemos la huida. ¿De acuerdo?

JOVEN: Cuéntame tu plan.

VIEJO: Yo no te he dicho que me fuera a escapar. Y menos, contigo. Oye, realmente, ¿te llamas Juan Cerrada?

(La MUJER acorrالا al VIEJO.)

MUJER: Usted no es Juan Cerrada. Es un impostor.

(Mauthausen.)

VIEJO: ¿Por qué escondes tu nombre? ¿Hay algo desagradable en tu pasado, que hasta una guerra o un infierno como éste no llegue a borrar? ¿Quién es ese Juan Cerrada realmente?

JOVEN: Soy yo. Yo.

VIEJO: Deberías tener cuidado con los gritos.

JOVEN: ¿Gritos?

VIEJO: Por la noche, aúllas como un loco, y a voces chillas que tú no eres Juan Cerrada. Que no has luchado en la guerra con ningún bando. Que no eres como los que están aquí. Que deberían de soltarte, que todo ha sido un tremendo malentendido. Ten cuidado con los nazis. No soportan un error de registro. Y tienen una forma dura y seca de eliminar fallos como estos.

JOVEN: Me han hablado de ti. De cuando estuviste en España. De lo que estuviste haciendo allí.

VIEJO: ¿Qué es lo que te han contado?

JOVEN: Que sí que conoces muy bien Málaga. Que la armasteis buena allí entre los de Queipo, los italianos y vosotros, los nazis. Una buena acción conjunta. Y ahora, déjame dormir.

VIEJO: Levántate, hijoputa. No soy nazi. ¿Me escuchas, español? Por negarme a obedecer a mis superiores acabé en Mauthausen. Con judíos, polacos, con otros alemanes. Y españoles como tú. Aquí todos estamos bajo el cuchillo implacable de las SS.

(La MUJER cerca al VIEJO.)

MUJER: Usted no es Juan Cerrada. Es un impostor.

VIEJO: Voy a llamar a la policía.

MUJER: No le conviene llamar a nadie, usted lo sabe bien. Yo hablé con Margarita Lebrón. Me dijo que su marido había muerto en la guerra, al poco de casarse. Una escuadra de falangistas asaltaron su casa para darle el paseo.

VIEJO: Apague eso, por favor.

MUJER: No puedo saber qué fue lo que realmente hizo en el pasado. No puedo saber quién es usted realmente. Pero sí que estoy segura de que miente y de que su vida ha sido siempre una farsa.

VIEJO: Apague ese aparato.

MUJER: Miente y se esconde. Miente y vive una mentira que yo no voy a tolerar por más tiempo. Juan Cerrada murió en Mauthausen, en Gusen.

(En Mauthausen. Suena Bach: Magnificat.)

JOVEN: ¿Qué es esa música?

VIEJO: Malas noticias.

JOVEN: ¿Ópera? No sé cómo hay gente que le gusta esta música... Aunque seguro que a ti te gusta.

VIEJO: No es ópera. Es Bach. Magnificat. Así celebran un triunfo de sus ejércitos. Cuando suena Bach, es porque a ellos les va bien. Y nos lo rebozan para que nos enteremos. Bach. Ya no somos hombres. Nos ha convertido en cosas. Y utilizan a Bach para reírse de nosotros.

JOVEN: Entonces, cada vez que suena esto, lo tenemos peor.

VIEJO: Suena Bach. ¿No te das cuenta? Suena Bach y los hornos funcionan a destajo. Lluve ceniza a todas horas y las corales de Bach se elevan sobre nuestros huesos. La ceniza se te mete por los ojos y profanan a Bach dentro de tu cabeza.

JOVEN: Pero el frente se está acercando, eso es un hecho. Y los aliados no retroceden.

VIEJO: Puede que nos estén rodeando. El frente avanza por otra dirección, y nos hemos quedado aquí atrapados, en la retaguardia. Y los trenes llegan cargados de más y más judíos húngaros, y los hornos funcionan a destajo. Tienen que acabar todo el trabajo antes de que lleguen los aliados, y suena Bach.

JOVEN: Escapemos.

(En la carretera.)

VIEJO: ¿Quién es usted para venir de esa manera a mi casa? No la conozco de nada y no sé por qué ha venido a intimidarme, aún no sé con qué propósito. Si tiene algo de lo que acusarme, denúnciame. ¿Quién o qué está detrás suyo?

MUJER: Soy yo la que hace las preguntas.

VIEJO: Me amenaza.

MUJER: ¿Aún no quiere reconocer la verdad?

VIEJO: ¿Cómo voy a admitir esa historia tan absurda? Yo sé muy bien quién soy. De nada le valdrá amenazarme con esa grabadora.

(La MUJER apaga la grabadora y se dirige hacia donde está el VIEJO. El VIEJO se levanta, rápido, dándole la espalda.)

MUJER: Tengo mis buenas razones para no dejarle en paz.

VIEJO: ¿Qué quiere? ¿Dinero? ¿Entregarme a algún grupo sionista? ¿Es eso?

(La MUJER no le presta atención. Apaga el grabador. Y con calma, responde.)

MUJER: Juan Cerrada era mi padre. Usted le ha robado su nombre.

VIEJO: ¿Su padre?

MUJER: Me está robando a mi padre. A lo único que me quedaría de él. El derecho a llorarle.

VIEJO: Eso es absurdo.

(La MUJER se abalanza hacia el VIEJO.)

MUJER: ¿Cómo puede ser tan hipócrita?

(La MUJER no puede controlarse, y echa sus manos contra el VIEJO. Él, a duras penas, las retiene.)

VIEJO: Me está usted haciendo mucho daño.

MUJER: ¿Cree que puede seguir mintiendo?

VIEJO: No la conozco de nada. Debe estar equivocada. Todo es una confusión.

MUJER: No me equivoco. No puedo equivocarme.

(La MUJER se detiene, el VIEJO se refugia, cubriendo su cara tras sus brazos. El VIEJO la mira. La MUJER le da la espalda.)

Quando acabó la guerra, en el pueblo, a mi madre casi la matan. No lo hicieron, pero se aseguraron de desgraciarle la vida. Le raparon el pelo, la desnudaron bajo la lluvia, la apalearon. Los hombres la insultaban y escupían, mientras las mujeres y los niños le tiraban barro y estiércol. Mujeres que antes fueron sus amigas, y que hasta le habían acompañado en su boda. La humillaban y se reían de ella. Todos. Tras eso, se encerró en casa, pero era imposible seguir allí. Se vio obligada a irse para siempre, a la capital. Si realmente hubiera preguntado por Margarita Lebrón en Barrera de Solís, cualquiera le hubiera contado esta historia y le habría dicho dónde estaba ella.

VIEJO: Es una historia dura. Triste. Me resulta repugnante que venga aquí a arrojármela a la cara. ¿A dónde quiere llegar con su manipulación?

MUJER: ¿Conoció en persona a Juan Cerrada, a mi padre?

(El VIEJO no contesta.)

Responda.

VIEJO: No sé quién es su padre. Yo soy Juan Cerrada, y no he sabido de usted hasta hoy.

MUJER: ¿Cuál dice que es su nombre?

VIEJO: Juan Cerrada.

MUJER: No me intente engañar por más tiempo. Usted no es quien dice ser. ¿Por qué se ha hecho pasar por mi padre?

(El VIEJO se tambalea.)

VIEJO: Yo soy Juan Cerrada. Yo soy Juan Cerrada. Yo... soy Juan Cerrada.

Las cerezas. Hablábamos de las cerezas. De su sabor, ácido y dulce a la vez. Allí, en Mauthausen, donde todo era gris y amarillo, hablábamos de las cerezas, de su color rojo; en medio de la desesperanza, imaginábamos su sabor.

(En Mauthausen.)

VIEJO: ¿Cerezas?

JOVEN: Ácidas y dulces a la vez. Las cerezas rojas. Llenando todo el valle con su color. Miro y ya no veo los barracones; me imagino que crecen los cerezos y se llenan del rojo de sus frutos.

VIEJO: No sé a qué saben las cerezas.

JOVEN: ¿No hay cerezas en tu pueblo?

VIEJO: Claro que hay cerezas.

JOVEN: ¿No sabéis comerlas entonces?

VIEJO: Nunca me han atraído las cerezas.

JOVEN: Tú te lo pierdes.

VIEJO: Por favor, deja de hablar de comida. Me vas a provocar una úlcera que me va a atravesar los huesos.

JOVEN: ¿No decías que no te gustaban las cerezas?

VIEJO: En mi tierra lo que se dan bien son los albaricoques. Jugosos, dulces, carnosos.

JOVEN: ¿Hablas de fruta o de otra cosa?

VIEJO: Hablo de cosas de comer, español.

JOVEN: Allí afuera lo único que tienes que hacer es extender la mano para coger cerezas.

VIEJO: No insistas con eso. No me hables de comida. Guárdate esas cerezas. No. Sigue. Sigue hablándome de cerezas. Sólo de cerezas.

JOVEN: Te hablo de cerezas y de los labios de una mujer comiendo las cerezas. Te hablo de unos labios que han perdido el color pero que con las cerezas parecen recobrar toda su vitalidad. Te hablo de...

VIEJO: Calla.

(Frente al mar.)

VIEJO: Me ahogo.

(La MUJER le ayuda.)

MUJER: Respire.

(La MUJER le da agua.)

Respire hondo.

(La MUJER le afloja la ropa.)

VIEJO: Déjeme. Déjeme morir aquí mismo.

MUJER: No voy a dejarle. Tiene algo mío. Que me corresponde, que se me ha ocultado desde siempre. No me voy a ir sin saber la verdad.

VIEJO: Dígame su nombre. Su nombre completo.

(Ella saca de nuevo su carné y se lo pone frente a él.)

MUJER: Ana Cerrada Lebrón.

(Él recoge el carné. Lo lee.)

VIEJO: Ana Cerrada Lebrón. Hija de Juan y Margarita.

(Ella le arrebató el carné.)

Esto es una broma macabra.

MUJER: ¿Para qué le mentaría yo?

VIEJO: No puede ser verdad.

MUJER: ¿Qué razón tiene para seguir negando que yo sea hija de Juan Cerrada, del auténtico Juan Cerrada? ¿Quiere que le hable de mi madre? ¿Quiere que le describa nuestra casa? Pero eso no tiene sentido. Yo sé que tengo la verdad. La he vivido. Usted es el que miente.

VIEJO: Este documento puede ser falso. Yo le puedo enseñar mi documentación.

MUJER: Ya no es hora de más papeles.

VIEJO: Ana, míreme a los ojos.

MUJER: No he dejado de mirarle desde que estoy aquí.

VIEJO: Míreme, por favor. Con todo el desprecio y el odio del mundo, pero míreme, se lo ruego. Míreme.

(Ella le sostiene la mirada, pero él la baja.)

(En Mauthausen.)

JOVEN: Alemán. Despierta. Estás gritando.

VIEJO: Vete por ahí y déjame en paz.

JOVEN: ¿Qué te pasa?

VIEJO: Déjame.

JOVEN: Vamos, levanta. No puedes quedarte aquí. Si te ven así, acabarán contigo. Eso lo aprendí de ti. Que no podemos caer enfermos; y si sí lo estamos, que no podemos dejar que ellos se den cuenta. Eso fue lo que tú me enseñaste. Así que levanta. ¿Es que ya no te quedan cojones o qué, alemán de mierda?

VIEJO: Hoy no puedo más.

JOVEN: ¿Estás así por la paliza de ayer? ¿No decías que tú aguantabas todo? Vamos, ten esperanza en tu milagro.

VIEJO: No sólo es por eso. Me siento... Me siento débil.

JOVEN: ¿Un catarro?

VIEJO: No es un catarro.

JOVEN: Realmente, ¿estás enfermo o no? Aquí huele realmente mal, amigo. Levanta.

VIEJO: Déjame ya. Lo voy a llenar todo de mierda. Debo tener tifus. Han muerto de tifus en el barracón. El otro día tenía la ropa llena de pulgas. Deben de habérmelo pegado.

JOVEN: Aquí se muere de tifus todos los días. De tifus y de cualquier cosa. Pero eso no tiene que ver contigo. Tú no tienes tifus. Tú no puedes tener eso ni nada. Ahora no puedes rendirte.

VIEJO: Sigue adelante tú.

JOVEN: Te voy a llevar conmigo, quieras o no.

VIEJO: Déjame.

JOVEN: No.

VIEJO: Déjame de una vez. ¿Quieres saber lo que hice en Málaga? Yo servía en el *Admiral Graff Spee*. Nuestra misión era formar parte del bloqueo internacional. Yo era oficial artillero. En esa época, aún creía en la justicia. Hasta llegar a ese frío día de febrero del 37. Había que tomar Málaga. Los italianos lo hicieron desde tierra, y desde el mar les apoyaron tres buques franquistas. Nosotros desde el *Admiral Graff Spee* vigilábamos que los nacionales no tuvieran sorpresas. Desde ahí se dominaba la pequeña carretera que va a Almería. La población civil comenzó a huir de la ciudad. Entonces, aparecieron los aviones. Los italianos empezaron a soltar metralla. Se podía ver los rostros de las mujeres llorando. Los niños corrían, sin saber dónde refugiarse. No me lo podía creer. No fue un error. Los barcos españoles dirigieron sus cañones hacia los huidos.

Cuando quise reaccionar y rebelarme, ya había acabado todo. ¿Aún quieres ir conmigo?

JOVEN: Tú estás aquí, pagando por tu culpa.

VIEJO: En cierto momento, se nos ordenó apoyar el fuego amigo. Y yo era artillero del *Graff Spee*. ¿Te das cuenta? Disparé contra esos pobres desgraciados porque me lo mandaron. Y no hice ningún intento para rebelarme.

JOVEN: Me está diciendo que participaste en la masacre.

VIEJO: Lo hice.

JOVEN: Pero al final te rebelaste.

VIEJO: Cuando ya era demasiado tarde. ¿Has pensado que entre esos desgraciados tal vez tenías amigos? ¿Qué incluso familiares pudieron morir en la carretera?

JOVEN: ¿Qué pretendes? ¿Qué me eche encima de ti y te arranque la piel a golpes? Tenemos un plan. Huyamos. Luego, ya veremos. Pero tengo que salir de aquí y tú me vas a ayudar. Así que levanta, que ya llaman al recuento.

(En la carretera, frente al mar.

El VIEJO mira a la MUJER. Alza la mano para tocarle la cara. Pero no se atreve, la baja, y con ella la mirada.)

VIEJO: Los que quedan. Da igual que el precio sea tan grande. Usted no paga.

MUJER: Estoy pagando. Desde que nací.

VIEJO: Váyase. Váyase.

MUJER: Respire.

VIEJO: Déjeme. No me toque. No me mire.

MUJER: Tranquilícese. No quiero hacerle ningún daño. Necesito que hable.

(El VIEJO se tranquiliza, poco a poco, bajo la fría mirada de la MUJER.)

¿Está mejor ahora?

VIEJO: Ana...

Se lo ruego. Váyase.

MUJER: No lo voy a hacer.

VIEJO: Ana...

MUJER: No le voy a dejar en paz.

VIEJO: ¿Qué busca usted de mí?

MUJER: He hecho todo este viaje para saber quién es usted realmente. No creo que sea mi padre. Usted se esconde tras su nombre. Y quiero saber por qué.

VIEJO: ¿Busca venganza?

(Silencio.)

MUJER: Quiero la verdad.

VIEJO: ¿Fueron así las cosas?

(En Mauthausen)

VIEJO: ¿Fueron así las cosas?

Mañana, español. Mañana será el día. Mañana huiremos. Ha sido duro, aunque lo más difícil para ambos haya sido que tú me convencieras. Pero ya está todo preparado. Ahora, por fin, vamos a escapar, español.

JOVEN: No voy a ir contigo.

VIEJO: Mira, está claro que el frente no avanza por aquí. A los aliados les interesa atacar por otras zonas, y los nazis van a aguantar estas posiciones. Y están haciendo limpieza en los campos. Saben que no tienen mucho tiempo y quieren acabar con nosotros para no dejar nada pendiente. Para borrar todo esto del mapa. Si no escapamos ahora, no tendremos ningún tipo de posibilidad.

JOVEN: Mañana sale un grupo para Gusen. Cuando yo llegué aquí en mi tren había unos 200 niños en el tren. Quedan sólo unos cincuenta. Mañana saldrán todos los supervivientes de mi tren en dirección a Gusen. Y allí irán los 50 niños.

VIEJO: Ya sabes lo que les espera. Si te vas con ellos, a ti te pasará lo mismo, y con eso no les vas a salvar la vida.

JOVEN: No.

VIEJO: Vas a morir. Y no vas a conseguir nada. Sería mejor para todos, para esos niños y para ti, arrancar un trozo de madera y cargarte un par de vigilantes antes de que acaben contigo de un tiro.

JOVEN: Me da igual, viejo.

VIEJO: ¿Después de todo lo que hemos preparado? Si no nos vamos, lo descubrirán y entonces la cosa puede ser peor.

JOVEN: Voy a Gusen. No podría vivir luego pensando en esos niños.

VIEJO: ¿Fueron así las cosas?

JOVEN: Voy a Gusen.

VIEJO: Nadie se creería esto. Estamos en el infierno. Nadie se comporta así en el infierno. “Voy a ir con los niños”. Eso es basura. No me lo creo ni yo. Y no me llames viejo. En esa época, el alemán no era ningún viejo.

JOVEN: Entonces, ¿qué es lo que realmente pasó? Sí no había héroes, sí habría traidores.

VIEJO: Héroes y traidores. Vencedores y vencidos. La misma cantinela de siempre. ¿Fueron así las cosas?

JOVEN: Nunca vamos a irnos de aquí. No soy tonto. Tú no tienes ningún plan para irte de aquí.

VIEJO: Sí que sé cómo escapar.

JOVEN: Sólo hay una manera de salir de aquí. Por las chimeneas. Eso es lo que tú siempre me dijiste. Mañana salen los últimos supervivientes de mi tren hacia Gusen. Tendría que ir con ellos.

VIEJO: Gusen.

JOVEN: No pienso hacerlo.

VIEJO: ¿Cómo puedes cambiar eso?

JOVEN: Puedo serle útil a los nazis. No tienen por qué matarme a mí. No quiero morir. No puedo dejar que me maten ya.

VIEJO: ¿Te estás vendiendo, español? ¿Eso es lo que vas a hacer?

JOVEN: He dejado mucho detrás. Necesito volver. Tal vez, estoy maldito. Maldito con el estigma de seguir vivo, de sobrevivir.

VIEJO: ¿Fueron así las cosas? No, no lo fueron. Ni de una manera ni de la otra. No fui ni un héroe ni un traidor.

(Frente a la carretera.)

VIEJO: Puede que en otro tiempo mi nombre fuera otro, y no Juan Cerrada. En cierto momento, llegué a avergonzarme del nombre con el que nací, del hombre que fui con ese nombre maldito. No quiero recordarlo. ¿Qué necesidad hay de volver la mirada atrás?

MUJER: Mi necesidad no es volver atrás, sino seguir adelante. Y por ello, necesito oírle.

VIEJO: Usted quiere seguir adelante. Yo, en cambio, poco puedo hacer ya. Rendir cuentas. Ya es hora saldar mi deuda con el hombre que murió en Gusen por mí.

MUJER: Finalmente, lo reconoce.

VIEJO: No me mire. No soporto que me mire.

MUJER: ¿Quién es usted de verdad?

VIEJO: Mi nombre no tiene ninguna importancia ya.

MUJER: Llevo toda mi vida detrás del fantasma de Juan Cerrada. Y hoy quiero resolver todas las dudas.

VIEJO: Váyase.

MUJER: No lo voy a hacer.

VIEJO: Máteme entonces.

MUJER: No he venido a matar a nadie.

(Silencio.)

La verdad.

VIEJO: ¿Quiere llegar hasta el final? ¿Está segura?

MUJER: Este viaje empezó mucho antes de que yo naciera. Tiene que acabar aquí.

VIEJO: Es usted muy joven. Tiene mucho que vivir, su propia vida. No está bien empeñarse en la caza de un fantasma.

MUJER: Durante mucho tiempo, yo creí en la historia que mi madre me contaba una y otra vez acerca de mi padre. Pero nunca tuve una tumba donde llorarle. Sólo queda eso de mi padre, una foto borrosa, fragmentos de una historia casi olvidada, y usted. Usted, que lleva su nombre.

(El VIEJO guarda silencio. La MUJER sigue, sin ira, como si hablara con un niño al que se le intenta que confiese un pecado menor.)

Conmigo no tiene nada que hacer. No valen más mentiras.

VIEJO: No tiene usted compasión.

MUJER: ¿Compasión? No creo que ésa sea la palabra más adecuada en este caso. ¿Quién tuvo entonces compasión con Juan Cerrada, con cada uno de los miles de Juan Cerrada que hubo?

VIEJO: Dígame que usted es verdaderamente la hija de Margarita Lebrón.

MUJER: Soy la hija de Juan Cerrada.

13.- FINAL DE CAMINO

(La MUJER escribe una carta a su antigua pareja.)

MUJER: *Me había jurado no volver a molestarte. Te he hecho mucho daño, lo sé. Yo destruí nuestra relación y para ello jugué el papel de malvada. Eso fue lo que yo elegí. Igual que también elegí evitarme el papel de víctima. No podía permitir que en ningún momento sintieras lástima por mí y sufrieras por ello. Prefiero mil veces que me desprecies, que me odies. Después de abandonarte como lo hice, no soportaría tu amabilidad, tu infinita comprensión. No soy tan buena como para merecerla. Como tú tampoco te merecerías que yo te arrastrara con mis egoísmos, que llegaras a sufrir lo que bien llamaste la persecución de un fantasma.*

No es que no te quiera. El problema es que te amo demasiado, tanto como para llegar a hacer locuras para tenerte a mi lado. Pero por eso mismo, porque te amo, es por lo que tengo que dominarme, aunque llegue a mordirme los labios hasta sangrar. La lucha que sostengo contra mí misma es brutal. Logro, aunque sea a duras penas, reprimirme tanto como para no desearte, para no querer a cualquier precio que seas mío, por encima de todo.

Ya no puedo más y te voy a decir que. Te quiero. Te amo. Te deseo. Te sigo queriendo, amando, deseando. Te amo. Te amo. Te amo. Por eso, no soportaría que te hundieras en el agujero que he creado con mi tozudez. Pero te deseo. Te deseo, te deseo. Deseo la fuerza de tus brazos, lo aspereza de tus besos, el peso de tu cuerpo. Tu boca, tu aliento. Debería borrar todo esto. Lo haré, antes de enviarte esta carta. Pero ahora necesito sentir que sí se quedará ahí escrito, que no lo voy a borrar. Que te va a llegar en esta carta y tú la vas a leer y te voy a llenar con todas mis palabras y que pronto te voy a tener aquí, ya.

No va a ser así. No la vas a leer. Lucho otra vez contra mí misma y venzo y al vencer soy derrotada. Al ganar, lo pierdo todo. Tienes que ser libre de que yo te ame. Por eso, esta carta nunca llegará a ti.

Sigo con mi búsqueda, en un laberinto dentro del cual me pierdo más y más. Me había propuesto no hablarte ni escribirte hasta haber logrado con éxito mi objetivo, o hasta haber fracasado completamente. Necesitaba llegar al final antes de que volvieras a saber de mi paradero. No quería condicionarte con ninguna de mis

preocupaciones. Apurar sola hasta el final esta obsesión, y luego acercarme a ti, con los brazos levantados y las manos abiertas, y entonces dejarte entera libertad para que me desprecies o me aceptes de nuevo. Para que tú seas quien decidas si quieres volver a saber de nuevo de la que fue tu mujer, o no.

Te pido perdón ahora, por ser tan débil como para escribirte y no tener tanta valentía como para presentarme ante ti cara a cara. Estoy sola, y necesito desahogarme. Necesito expresarle a alguien todo esto que siento por dentro. Si tú no quieres leer esta carta, estás en tu derecho. Si la rompes o la olvidas en cualquier lado, o la tiras o la quemas, nunca te lo reprocharé. Has sufrido mucho por mí, y me gustaría apoyarte y decirte que realmente no merezco la pena. Que tu generosidad vale más que cualquier cosa que yo te pueda dar. Pero hoy más que nunca añoro tus brazos, y me muero por estar a tu lado.

Escucho Wiegala, la canción de Ilse Weber. Ilse Weber era una escritora judía de cuentos para niños. Ilse Weber, junto con su marido y su hijo, fueron recluidos en Terezin, el campo de los judíos felices. Cuando ya no interesaron, Ilse Weber, con su hijo y su marido, acabó en Auschwitz, como todos los judíos felices de Terezin, como todos ellos. Escucho Wiegala. La nana que Ilse Weber le compuso y cantó a su hijo. La nana que le cantó Ilse Weber a todos los niños a los que acompañó. La nana con la que Ilse Weber les quiso consolar cuando voluntariamente acompañó a los niños de Auschwitz a morir en las duchas.

*Wiegala, wiegala, weier,
der Wind spielt auf der Leier.
Er spielt so süß im grünen Ried,
die Nachtigall, die singht ihr Lied.
Wiegala, wiegala, weier,
der Wind spielt auf del Leier.*

*Wiegala, wiegala, werne,
der Mond ist die Laterne,
er steht am dunklen Himmelszelt
und Schaut hernieder auf die Welt.
Wiegala, wiegala, werne,
der Mond is die Laterne.*

*Wiegala, weigala, wille,
wie ist die Welt so stille !
Es stört kein Laut die süsse Ruh,
schlaf, mein Kindchen, schlaf auch du.
Wiegala, wiegala, wille,
wie ist die Welt so stille !*

*(Wiegala, wiegala, weier,
el viento toca la lira.
Toca dulcemente entre los juncos verdes.
El ruiseñor canta su canción.
Wiegala, wiegala, weier,
el viento toca la lira*

*Wiegala, wiegala, werne,
la luna es una linterna
en el fondo negro del firmamento,
desde allí mira el mundo.
Wiegala, wiegala, werne,
la luna es una linterna.*

*Wiegala, wiegala, wille.
¡Qué silencioso está el mundo!
Ni un solo ruido turba la paz,
tú también, mi pequeño, duerme.
Wiegala, wiegala, wille,
¡qué silencioso está el mundo!)*

Encontré muchas historias. Encontré la de mi padre, o más bien, restos de la historia de mi padre. Espero que alguna vez pueda estar contigo de nuevo y que así me ayudes a comprenderla.

(El VIEJO vacila. Un largo silencio.)

VIEJO: Yo era alemán.

MUJER: Entonces, usted intervino en la muerte de mi padre.

VIEJO: No maté a su padre. Fui compañero de su padre en Mauthausen. Fui con él otro prisionero. Otro montón de carne para la muerte. Éramos compañeros de barracón. Éramos amigos.

MUJER: ¿Cómo sé yo si su historia de Mauthausen es del todo cierta, y no estaba allí como carcelero y verdugo?

VIEJO: Serví en las tropas alemanas, no en las nazis. Me insubordiné e intenté desertar. Fui juzgado y acabé en Mauthausen. ¿Me va a creer, sí o no?

Encienda ahora ese cacharro. ¿No quiere tener mi historia? Se la voy a contar. Conecte ese aparato.

(La MUJER conecta el grabador.)

VIEJO: Yo era artillero en un acorazado alemán que formaba parte del bloqueo internacional. Era un día de febrero del 37, y estábamos frente a las costas de Málaga. Los italianos desde tierra, apoyados desde el mar por tres buques nacionales, tomaban la ciudad. Desde ese día, todo se derrumbó para mí. Vi cómo los de los barcos españoles dirigían sus cañones hacia la población que huía de la ciudad. Podía ver los rostros de las mujeres llorando, los niños corriendo...

Vigilábamos que nada interfiriera el ataque. Yo veía cómo, fríamente, rectificando en cada disparo, afinando en cada acierto, los españoles amigos de los alemanes aniquilaban a los españoles enemigos de los alemanes.

MUJER: No hacer nada es hacerse cómplice del crimen.

VIEJO: Cumplía con mi deber. Aún creía en eso, en que debía cumplir con un deber. Pero cuando el mando nos dio órdenes de disparar, cuando el comandante me ordenó disparar...

MUJER: El mando alemán le ordenó disparar.

VIEJO: Yo era oficial artillero. Era mi obligación.

MUJER: Está hablando de disparar contra civiles.

VIEJO: Asómese a la ventana. Ésa es la carretera. Ahí ocurrió todo. Usted no ve nada, sólo una carretera abandonada. Yo veo ahora los rostros de los niños, de las madres llorando con sus hijos destripados en sus brazos, de los refugiados, explotando en el aire ante el impacto de los obuses.

MUJER: Podía no haberlo hecho.

VIEJO: Podía no haberlo hecho.

(La carta de la MUJER.)

MUJER: *He recorrido un largo camino para encontrar a Juan Cerrada. A mi padre. Encontré muchas historias en ese camino. Muchas me quitaron el sueño, y me dejaron un sabor amargo en la boca para siempre. Te voy a contar una de ellas.*

Al lado del mar, en Motrico, hay un convento llamado Santurrarán. En 1938 se convirtió en cárcel donde se retuvo a todo tipo de mujeres consideradas indeseables por el nuevo régimen. La cárcel era vigilada por monjas mercedarias. Sor María Aranzazu, conocida como “La pantera”, era priora y alcaide en ese monasterio impío. Pese a que la cárcel tenía capacidad para unas 750 reclusas, fácilmente las presas llegaban a doblar esa cantidad. Las muertes eran habituales.

Bastantes de las mujeres cuando ingresaban en Santurrarán estaban embarazadas. Al nacer el bebé, “no se hacía constar en ningún registro” el nacimiento, y el niño era arrancado de los brazos de su madre. Todo hace suponer que siempre había una familia decente y pudiente para acoger a ese hijo del pecado. Ya en la posguerra, se decretó que los niños menores de tres años no podían permanecer en el penal, así que bajo la excusa de ser éste destacamento hospicio fueron separados de sus madres.

Cuando llegaban a la enfermería, el ingreso de esos niños “no se hacía constar en ningún registro”. Se les separaba así de sus madres y de sus familias legítimas, para siempre, ya que por regla general desaparecía todo rastro suyo. Todo esfuerzo posterior para encontrarlos resultó inútil. Dada la situación, antes de llegar a eso, algunas preferían darlos directamente en adopción a familias de Motrico, y así podían saber luego del destino de sus hijos.

Las que tenían hijos mayores no se separaban de ellos. Si surgía algún problema, si un niño se ponía enfermo, por grave que estuviera, intentaban curarlo entre las reclusas. No dejaban que los franquistas se los llevaran. Todas estaban alerta de tanto niño que ingresaba en el dispensario, y no volvía. Si un niño desaparecía, de nada servía luego reclamar, llorar y protestar. Lo que más tuyo era, más que tu misma sangre, te era borrado de tu vida. Las inscripciones de nacimiento borradas, las bodas legales anuladas. Nunca habías tenido un hijo.

Pero el horror duele más cuando está recubierto por el siniestro manto del sarcasmo.

Un día soleado de 1942 las mujeres presas en Santurrarán se asombraron ya que se organizó una excursión a la playa en que irían las madres y los niños. Ese día, en la playa, muchas creyeron que todo cambiaba. Que estaba cercano el fin de la represión, y pronto volverían todos a casa. Fueron felices con sus hijos, e incluso las monjas les hicieron fotos. Podemos ver las caras luminosas de las mujeres de aquel auténtico campo de concentración, y nadie diría por qué infierno estaban pasando.

Cuando volvieron a la cárcel, sus hijos ya no iban con ellas. Nunca más los volvieron a ver.

Me imagino lo que fue esa noche. No, no me lo puedo imaginar.

¿Qué pasó con esos niños, qué habrá sido de ellos? ¿Alguno se acordó luego de su madre, de la cárcel, de las privaciones? ¿De los brazos protegiéndoles, de los besos con lágrimas, del amor de su madre encerrados en una celda? No. Ningún hijo desaparecido volvió a ser encontrado nunca por su familia.

Aquí, al lado del mar, me acuerdo de esas mujeres, y me parece escuchar sus gritos mientras les arrancaban a los niños de entre sus brazos.

Aquí, al lado del mar, comprendo lo mucho que te necesito.

14.- JUAN CERRADA

(Con el JOVEN.)

VIEJO: He sido Juan Cerrada durante mucho tiempo. He defendido ese nombre con más fuerza que el mío. Juan Cerrada nunca existió. Fue simplemente la fantasía de una muchacha solitaria en mitad de la guerra.

JOVEN: Yo soy Juan Cerrada.

VIEJO: Fuiste Juan Cerrada y yo lo he sido y lo soy contigo.

JOVEN: ¿Quién eres tú? ¿Quién soy?

VIEJO: Mira a tu alrededor.

(Mauthausen.)

JOVEN: Los barracones. Afuera, los hornos. La ceniza cayendo sobre todo. ¿Otra vez estamos en Mauthausen?

VIEJO: Otra vez.

JOVEN: No puedo seguir aquí. Ayúdame a escapar, alemán.

VIEJO: Yo no soy el alemán, ¿aún no lo entiendes?

JOVEN: No puedo morir todavía

VIEJO: No puedes morir. Todo muere a tu alrededor, y tú no tienes fuerza para hacerlo.

JOVEN: No soy Juan Cerrada. No me llamo así. Yo no me merezco esta muerte.

VIEJO: ¿Y quién se la merece?

(Frente al mar.)

MUJER: No sé por qué me ha contado esa historia de la carretera de Málaga. No me interesa. ¿Tiene algo más que decirme acerca de Juan Cerrada, sí o no?

VIEJO: Espere...

(En el interior de Cerrada.)

VIEJO: No existes fuera de mí. Sólo eres el joven que fui en Mauthausen. Ese joven que se quedó allí, que no salió nunca de aquél barracón.

JOVEN: ¿Pero, el alemán...? Iba a huir con él.

VIEJO: El alemán existió. Nunca salió de Mauthausen, pero gracias a él estoy aquí. Por su culpa estoy aquí. Si hubiéramos escapado juntos, no hubiéramos ido muy lejos. Los nazis eran metódicos. Detallistas. No se les escapaba nada.

JOVEN: Tú saliste del campo con el nombre de Juan Cerrada.

VIEJO: Ese hijoputa de alemán era grande, un gigante. Y aún conservaba las fuerzas. Se levantó y se me echó encima. Yo intenté defenderme, pero no tenía fuerzas para pararle. Se puso sobre mí y fríamente me golpeó una y otra vez. Clavaba sus puños en mi cuerpo, en mi cara. Me machacó hasta dejarme inconsciente. Cambió entonces mi ropa con la suya y mi documentación con la suya. Enmascaró su número de identificación y lo remarcó con el mío. Cuando logré recuperar la conciencia al día siguiente, yo estaba en su litera. Y en mi mano tenía escrito su nombre. Para que me acordara bien de cómo me tenía que llamar a partir de entonces. Eso fue lo que ocurrió. Viví bajo la identidad del alemán hasta que las fuerzas norteamericanas liberaron Mauthausen.

Yo salí del campo con el nombre de Juan Cerrada. Con el mismo nombre con el que entré en Mauthausen.

JOVEN: Es todo una farsa.

VIEJO: No. Es todo real.

Lo real. Dormir en una barraca enfrente del crematorio, y durante toda la noche ver salir las llamas por la chimenea... Lo real... La esperanza deja de tener sentido. Eso sí era real.

(En Málaga, última hora del día.)

Esto es real.

(Frente al mar.)

MUJER: Pero va a hablar de Juan Cerrada, ¿sí o no?

VIEJO: ¿Qué necesidad hay de volver la mirada atrás?

MUJER: Mi necesidad no es volver atrás, sino seguir adelante. Necesito oírle.

VIEJO: Usted quiere seguir adelante. Yo, en cambio, poco puedo hacer ya. Rendir cuentas. Ya es hora saldar mi deuda con ese hombre que murió en Gusen. En Mauthausen me

encontré con él, y con judíos, con polacos, con otros alemanes como yo. Todos estábamos bajo el cuchillo implacable de los nazis. Y los españoles también.

MUJER: Entre ellos, Juan Cerrada.

VIEJO: Cerrada, y muchos españoles más. Y con ellos, medio centenar de muchachos, casi niños. Con 13 años ya se era mayor de edad para poder ser internado en Mauthausen. Los niños de la carretera. Los niños de Mauthausen. Las peores pesadillas de España se habían agrandado de forma monstruosa en Mauthausen, hasta convertirse en lo único que tenías delante. El recuerdo del dolor de aquellos rostros de Málaga llegaba a ser un alivio. Era contrastar la extrañeza del horror con la rutina cotidiana de éste.

Yo hablaba bien el español y me hice bastante amigo de Cerrada. Planeamos escapar del campo. Teníamos todo casi preparado, cuando Juan supo que iba a ser destinado a Gusen. Los que entraban en Gusen, no salían de allí. Debíamos darnos prisa. Pero Cerrada se enteró que también iban a mandar a Gusen a los niños de Angouleme que aún quedaban vivos. En el último momento, pesó en él la idea de todos esos niños, de la traición que sería dejarlos morir solos. Juan no quiso escapar. Me miró y se dio la vuelta. No volvió la cabeza para mirarme, y se dirigió sin dudarle a lo que sería su muerte.

(Mauthausen.)

VIEJO: Él fue a Gusen en vez de nosotros. Se las arregló para engañarme y engañar a todo el mundo. El remordimiento de lo que había hecho en esta carretera fue superior a sus fuerzas. Ése fue su plan de fuga.

JOVEN: No fui a Gusen. No morí en Mauthausen. El alemán murió por mí. Por eso sigo aquí, frente a las puertas del infierno.

VIEJO: Por eso estoy aquí, intentando vivir su dolor. ¿Sabes qué dijo el alemán? *Ahora voy a pagar mis cuentas. Tú pagarás las mías.* Yo aún no sabía lo que quería decir.

(En la oscuridad de la casa. A la MUJER)

Su padre murió. Entró en Gusen. El que entraba en Gusen, no salía de allí. Cuando los americanos aparecieron, me hice pasar por él. Así, salí de Mauthausen siendo Juan Cerrada.

Te tengo que pedir disculpas, a ti. Te pido disculpas, aunque no las merezca.

MUJER: No es hora para disculpas. No quiero seguir oyéndole.

VIEJO: Mi historia ya es parte tuya. Intenté visitar a tu madre, y contarle lo que había ocurrido. Pero no pude hacerlo. No tuve valor para ello. Vagué por la España de la posguerra, y empecé a utilizar los papeles de tu padre que hice míos al salir de Mauthausen. Me casé como Juan Cerrada. Tuve así una familia, un hijo, tal como Cerrada te tuvo a ti, y le di a mi hijo el apellido de Cerrada. Quizá por ello, la vida me los quitó, a mi familia, a mi mujer y mi hijo.

(El hombre y el joven. Diálogo. Entre el delirio, la culpa, el recuerdo. Lo que el joven le echa en cara al hombre.)

VIEJO: Un día sueño en que vuelvo a coger ese coche, y voy de excursión con mi familia.

JOVEN: El camino esté despejado y hay sol. Un sol que seca todas las lluvias.

VIEJO: Un día sueño que no tengo pasado. Que sólo hay un largo camino por delante.

JOVEN: Un día sueño que la vida es más fácil. Que debemos ser felices.

VIEJO: Un día sueño que estoy con los míos y cantamos juntos.

JOVEN: Un día sueño que abrazo a mi mujer y como cerezas de su boca.

VIEJO: Un día sueño que es posible ser feliz.

JOVEN: Es posible ser feliz.

15.- S DE SPANIER

(Frente al mar.)

MUJER: ¿Cuál es su verdadero nombre?

VIEJO: Juan Cerrada.

MUJER: Su nombre.

VIEJO: Juan Cerrada.

MUJER: Dígame su nombre, su auténtico nombre.

VIEJO: Juan Cerrada, es lo único que me queda.

(La MUJER se levanta. Le da la espalda al VIEJO, que se seca el sudor que corre por su cara. La MUJER no se da la vuelta para responder al VIEJO.)

MUJER: No creo que hubiera llegado con tan buena fortuna a España, que no le hubieran puesto ningún problema. Ni que pudiera tomar la identidad de un antifascista, sin que nunca sospecharan de sus papeles. Lo que me cuenta me resulta fuera de toda lógica. No tengo claro que usted no haya sido en Mauthausen verdugo en vez de víctima.

(El VIEJO se muestra a la MUJER. Y levantando una manga de su camisa, le muestra el número que en su brazo marca su estancia en Mauthausen.)

VIEJO: Por las noches, abro los ojos asustado. En la oscuridad, oigo los gritos, huelo el hedor... Sacos de piel y huesos. Estoy rodeado de ellos. ¿Puedes ver mi brazo?

(La MUJER retrocede horrorizada. La profunda marca del número de prisionero en el brazo del VIEJO marca la evidencia de parte de su historia.)

MUJER: Un número para el exterminio.

VIEJO: Algunos lo muestran con orgullo. Yo no puedo.

(La MUJER está derrotada.)

MUJER: He perseguido a un fantasma. Y ahora, ese fantasma está dentro de mí. Si usted realmente estuvo en Mauthausen, si usted realmente dice llamarse Juan Cerrada, ¿qué importa todo lo demás?

VIEJO: Ana, ¿qué es lo que quieres ahora?

MUJER: No lo sé ya. Quizá necesite engañarme, y vivir ignorando la verdad. Viviendo con un pasado diferente.

VIEJO: Mírame. Esto es lo que queda de ese Juan Cerrada al que tú tanto odias.

MUJER: Me gustaría olvidar que existe alguien como usted.

VIEJO: No podrás olvidarlo. No podrás olvidar que existió Juan Cerrada. No podrás olvidar que existió Mauthausen. No podrás olvidar que existió la guerra. Por mucho que lo quisieras.

Yo tampoco quiero vivir, pero no puedo matarme. Si lo hiciera, sería como si yo matara de nuevo a Cerrada, como si yo matara de nuevo a los niños de Mauthausen, a las madres y a los niños de Málaga. A cada una de las víctimas del horror que me ha perseguido a lo largo de mi vida, a lo largo de este siglo XX. La Historia. Si yo muriera. Si me mataras. Mátame, te lo pido. Mátame y así liberarás el nombre de tu padre.

MUJER: No he venido a matarle. Sería incapaz de ello.

VIEJO: ¿Entonces?

MUJER: Necesitaba convencerme de que mi padre había muerto.

VIEJO: Nada te hacía pensar lo contrario.

MUJER: Pero...

VIEJO: Quiero darte esto. Es lo único que me queda del pasado. Ahora debe ser tuyo.

(El VIEJO le da a la MUJER un triángulo azul de tela. La MUJER lo toma, visiblemente conmovida.)

MUJER: Esto es.

VIEJO: Esto es. No hay más palabras. No hay más. El triángulo azul que marcaba a tu padre en el campo.

MUJER: ¿Qué voy a hacer a partir de ahora?

VIEJO: A mí me espera la muerte. Quiero que venga, con anhelo. Quiero descansar. Pero a ti te queda lo peor. Un día, y otro, y otro. Te queda la memoria de tu padre, y con ella, la mía.

(Silencio.)

MUJER: Éste es el punto final de mi viaje.

(La mujer rebobina la cinta. Al tiempo que se hace la oscuridad en la habitación, oímos en el casete la voz entrecortada de la grabación.)

...cerezas... padre y yo...su sabor...donde todo era gris... su color rojo, en medio de... sabor. Si por algo... era por eso...el sabor... esas cerezas.

Aquí acaba el viaje de Juan Cerrada.

(Silencio sobre el VIEJO, que se hunde en la oscuridad, lentamente.)

Me di la vuelta, dándole la espalda a aquel viejo. Se quedó rodeado de oscuridad, hablando solo, entre dientes. Discutiendo con los fantasmas de su pasado. Yo no quería saber nada más. Todo lo que había pensado, todo en lo que había creído, se volvía en contra mío.

16.- FALSOS TESTIMONIOS

(Las maletas, sin abrir, al lado de la puerta. Por el otro lado, la MUJER entra, vestida de camisón. Dentro, su pareja le espera.)

ALBERTO: ¿Descansaste bien? Has dormido durante un día entero.

MUJER: Siento que aún me queda mucho por descansar.

ALBERTO: ¿Vuelves para quedarte?

MUJER: Aún no lo sé.

ALBERTO: ¿No has acabado ya tu búsqueda?

MUJER: He llegado al final. Pero ahora no sé muy bien de qué me vale esto.

(La MUJER no sabe cómo besar a ALBERTO. Pero, finalmente, se echa a sus brazos y llora.)

ALBERTO: Tranquila.

MUJER: Lo siento.

ALBERTO: ¿Ha sido duro?

MUJER: Muy duro.

ALBERTO: Ahora ya todo ha pasado.

MUJER: Quiero estar contigo.

ALBERTO: ¿Has vuelto a pensar en lo que descubriste?

MUJER: Sí. Pero no sé ya qué es lo bueno y lo malo.

(Él le da una foto.)

ALBERTO: ¿Sabes qué es esto?

MUJER: Claro que sí. El miliciano muerto de Capa. ¿A qué viene esto ahora?

ALBERTO: Me lo recordó tu historia acerca de ese extranjero en la guerra civil que luego se encontró a tu padre en Mauthausen.

Muchos defienden que esta es la imagen emblemática de nuestra guerra, y no el Guernica de Picasso. La imagen que Robert Capa captó con su cámara del miliciano muerto en el Cerro Muriano, el 5 de septiembre de 1936. La instantánea muestra a un

hombre con la cabeza descubierta, vestido con una camisa blanca, sin uniforme, con un fusil en la mano, cayendo en posición de sentarse, en el mismo momento en que muere. Una bala atraviesa su corazón en el mismo momento en que la fotografía le inmoviliza.

MUJER: No sé qué me quieres decir con esto.

ALBERTO: El miliciano murió, y se ha podido descubrir su nombre y apellidos. Federico Borrell García. Con lo que así, el hecho de la foto, su verdad, quedaron patentes. Ése día, Capa recogió en su cámara el hecho de la muerte de Federico Borrell.

MUJER: Todo parece encajar.

ALBERTO: Todo menos una serie de detalles mínimos. Uno, la posición real del cuerpo en la caída. Un muerto no cae así.

MUJER: ¿La foto es falsa?

ALBERTO: Hay gente que claramente ve que es falsa, por estos detalles. Algunos defienden que ese hombre no estaba muriendo en el momento de la foto. Fingía. Pero la otra prueba de que la foto es falsa es más contundente.

MUJER: ¿Cuál es?

ALBERTO: La foto de ese miliciano cayendo malherido no fue única. Capa tiene bastantes más en ese mismo día, con diferentes milicianos, cayendo en la misma loma. Ensayos macabros de la impostura.

MUJER: ¿Entonces, es falsa?

ALBERTO: ¿Falsificación, una siniestra mascarada? ¿Casualidad? La foto de Capa sólo adelantaba lo que luego iba a ser realidad. La muerte vino a cobrarse la vida de su modelo pocas horas después de que Capa realizara su simulacro. Se sugiere que Capa quiso poner en escena la muerte de un miliciano y un grupo de estos, generosamente, cedieron a posar para él. Entre ellos, Federico Borrell, al cuál su novia le esperaba en el pueblo para casarse con él. La ironía es que esa imagen, que Capa, o su editor eligieron, y que la historia luego eligió como la más tremenda que reflejaba la Guerra Civil, se cumpliría más tarde.

MUJER: Eso sí es cierta la teoría. Pero, ¿Capa sabría de la muerte del miliciano?

ALBERTO: No se sabe. Pero hay otra historia, otra muerte, que sí afectó al fotógrafo. La de la también reportera de Magnum, Gerda Taro, en un accidente tras cubrir la batalla de

Brunete. Ése día, Capa quiso morir y se refugió con una botella de orujo. Se olvidó la cámara. Un soldado se la devolvió, porque él era conocido por todos. Gerda era la mujer de Capa. Capa se hizo famoso por sus fotografías bélicas. Si sus fotografías, tan discutidas luego, de milicianos muertos dieron imagen a la Guerra Española, las del desembarco de Normandía hicieron lo mismo con la Segunda Guerra Mundial. Por encima de la propaganda, esas fotos son las de un ojo herido y en tensión, a punto de estallar, al igual que sus retratados están a punto de morir bajo el fuego y la munición.

Es mejor que descanses.

MUJER: Te quiero.

ALBERTO: Aquí acaba la historia.

MUJER: Aquí acaba la historia.

Mi nombre debería ser Ana Cerrada.

Mi padre luchó en la Guerra Civil y murió repudiado por el Gobierno de España en Gusen, campo auxiliar de Mauthausen. Los muros de Mauthausen fueron contruidos por las manos y las vidas esclavizadas de los españoles. Los españoles de Mauthausen fueron marcados con el triángulo azul invertido de los apátridas, con la S, de spanier, en el centro. Pero los españoles no se sometieron.

Preguntados por las autoridades nazis qué hacer con esos refugiados, Serrano Suñer, ministro y cuñado de Franco, contestó que no existían españoles fuera de las fronteras españolas. 7300 españoles fueron internados en Mauthausen. 5000 españoles murieron en el campo o en campos auxiliares como Gusen.

En España aún hoy no se ha honrado la memoria de esos 5000 mártires, ni de los 2300 supervivientes. Estos héroes de la libertad aún tienen que sufrir la vergüenza y el olvido. Sólo les quedan dos cosas. La memoria de su lucha contra el horror, y las noches con sus pesadillas.

Me llamo Ana Cerrada, y un día fui a enfrentarme al fantasma de mi padre. Lo encontré en un hombre que finalmente confesó no ser él, herido por la Historia, y cuyo rostro había sido borrado por el tiempo.

Quiero dejar de pensar en Juan Cerrada, en aquel hombre que se encierra con su vacío en una casa, frente al mar. El mar desde el que los cruceros ametrallaron a la población que huía de la embestida de la guerra. El mar que ha visto otras guerras, el mar que calla, y se mece a sí mismo, dormitando el día en que por fin despertará. Ojalá entonces nos lleve a todos.

(El rostro de la MUJER se inclina hacia el agua, y susurra.)

Juan Cerrada.

Cuando era pequeña, yo llamaba a mi padre, del cuál sólo conocía el nombre. Con una vasija llena del agua, en la noche, mi rostro iluminado por el reflejo de la luna en el agua, susurro ahora, por tres veces, el nombre de mi padre.

Juan Cerrada.

Juan Cerrada.

Juan Cerrada.